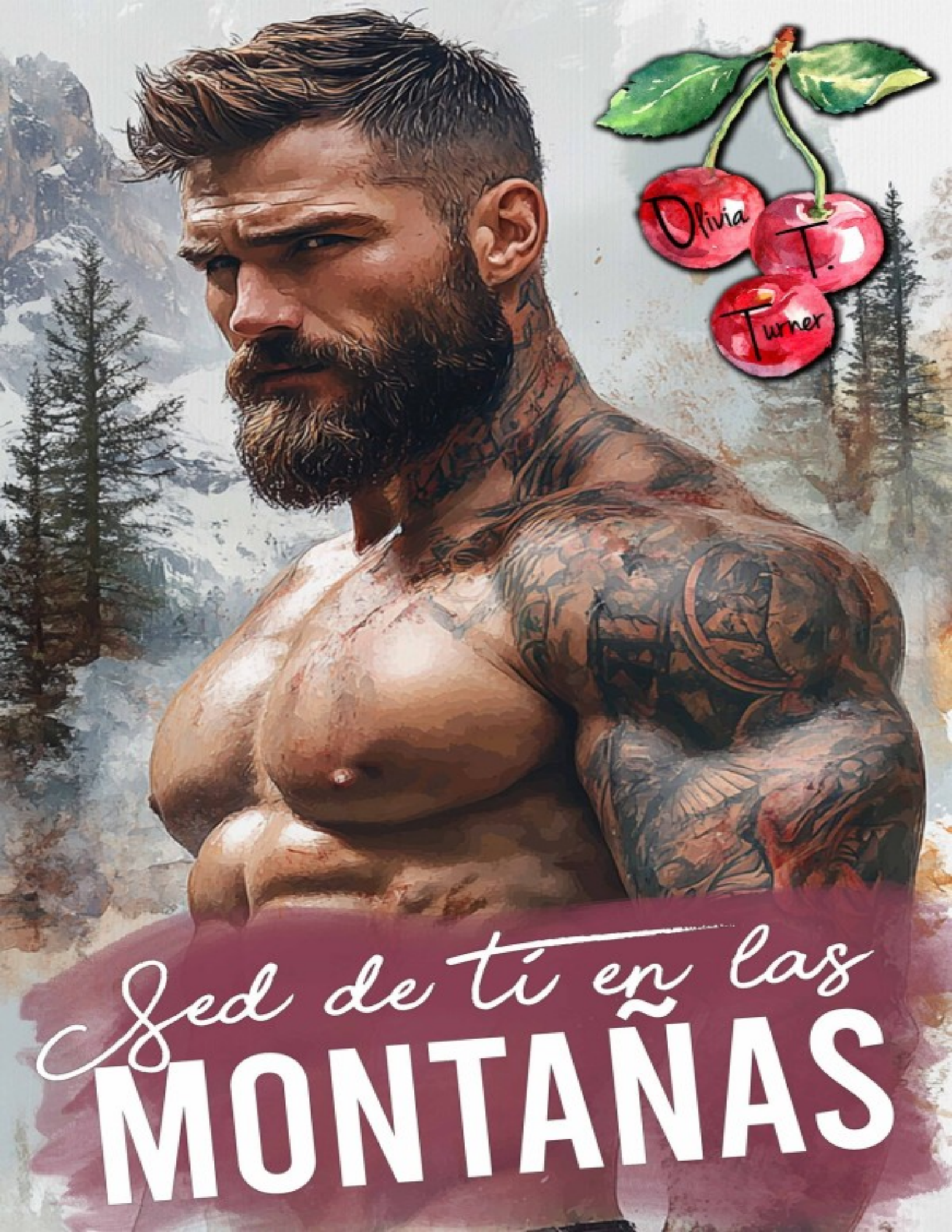

Olivia T. Turner
Sed de ti en las
MONTAÑAS

SED DE TI EN LAS MONTAÑAS

LOS CHICOS DE LA MONTAÑA GREENE

LIBRO 12

OLIVIA T. TURNER

Copyright© 2025 por Olivia T. Turner.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo correo electrónico, fotocopias, impresión, grabación o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora.

Para solicitudes de permiso, envíe un correo electrónico a Olivia@oliviatturner.com.

¡Gracias por apoyar mi trabajo!

Esta es una obra de ficción. Cualquier semejanza con eventos reales, negocios, empresas, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.
www.OliviaTTurner.com

ÍNDICE

Sed de ti en las montañas

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Epílogo
Epílogo

Otras Obras
Otras Obras

SED DE TI EN LAS MONTAÑAS

Robé un perro.
Pero, tenía una muy buena razón para hacerlo.
Era un perro guardián solitario y abandonado en un taller clandestino de coches, así que lo robé y nos fugamos.
Acabamos en las montañas Greene donde empezamos una nueva vida.
El perro era feliz, yo era feliz, todo era genial.
Pero entonces nuestro pasado nos alcanzó…
Los criminales vinieron a reclamar lo que era suyo y, de paso, a castigarme a mí.
No tuve más remedio que acudir a la policía.
Buscaba algo de protección, pero, en su lugar, encontré a un protector.
Emmanuel Rush.
El hombre de montaña más grande, más duro y más protector que había visto en mi vida.
Es exactamente lo que necesitaba.
En más de un sentido.
Solo le hizo falta una mirada para decirme que soy suya.
Que nadie volvería a hacerme daño.
Y a mí solo me hizo falta una mirada para creerle.

Advertencia: Este policía de montaña viene con todo: hombros anchos, pensamientos sucios y cero paciencia cuando se trata de su chica. Él no se limita a proteger y servir: reclama y devora.

Amor a primera vista en estado puro, sin infidelidades y con un final feliz superdulce garantizado. ¡Que lo disfrutes!

******¡Atención, amantes de los perros! En este libro no sufre ningún perro, ¡y él también tiene su final feliz!***

Para las lectoras que creen que lo más romántico que se puede oír es:
—Me desharé de las pruebas por ti.



CAPÍTULO UNO

Lucy

Adoro a este chico. Es mi apoyo incondicional.

Su enorme pecho. Sus ojos marrones. Su naturaleza protectora.

Me encanta cómo me hace sentir cuando me mira: como si yo fuera perfecta. Como si fuera el amor de su vida. Como si prefiriera morir antes que dejar que me pasara algo malo.

Aunque podría prescindir de las babas.

Voy a toda velocidad por la autovía, maravillada por las preciosas montañas que nos rodean. A la vuelta de cada curva hay otra panorámica espectacular que te deja sin aliento. Cutter tiene la cabeza por la ventanilla, con las orejas agitándose al viento y largos hilos de baba cubriendo los asientos de polipiel detrás de él y poniéndolo todo perdido.

Subo el volumen de la radio y él se gira hacia mí, con esos ojazos marrones llenos de confianza y amor. Sonrío.

—¿Has oído esta canción alguna vez? —le pregunto mientras me ve meterme un Starburst de cereza en la boca—. Lo siento, no puedes coger uno. No es bueno para los perritos. Es Noah Kahan. *Stick Season*. ¿Te gusta?

Vuelve a girarse hacia la ventanilla abierta, indiferente a la increíble canción que atruena por los altavoces del coche.

Intento centrarme en la bonita letra y no en la terrible preocupación que me devora el estómago.

Esto es malo.

Esto es muy malo.

He robado un perro.

Antes de que me juzguéis, escuchadme. No *siempre* es malo robar un perro.

Algunas personas tienen muy buenas razones para robar perros, muchas gracias, y yo soy una de ellas.

Todo empezó hace ocho meses.

Conseguí un trabajo como recepcionista en una empresa que vende bombas de agua comerciales y residenciales. Apasionante, ¿verdad? Era un trabajo bastante decente: contestar teléfonos y coordinar a los operarios para enviarlos a los tajos. Era un poco aburrido, pero estaba bien.

La cosa es que no estaba en la mejor zona de la ciudad. Mi vecino de la izquierda era una cantera de grava y el de la derecha era un taller mecánico que también hacía de desguace y que, estoy bastante segura, era también un taller ilegal de despiece de coches.

Cada vez que pasaba junto a la valla metálica para llegar a mi oficina, su perro guardián, un rottweiler prácticamente salvaje, venía corriendo hacia mí, gruñendo y echando espuma por la boca. Me daba un susto de muerte cada vez. Se abalanzaba sobre la valla y ladraba como un poseso, dejándome claro que si la valla no estuviera entre nosotros, me comería para cenar. La primera vez, del susto que me di, me derramé café caliente por todo el pecho. La segunda, se me cayeron los papeles al barro. La tercera, la cuarta y todas las veces siguientes, corría, me encogía y rezaba para que la valla contuviera la embestida canina mientras él gruñía y la asaltaba con todas sus fuerzas.

Lo odiaba. Empecé a temer el camino al trabajo. A veces, necesitaba diez minutos de respiración profunda en mi escritorio antes de que me dejaran de temblar las manos.

Pasaron así tres meses.

Y con cada día que pasaba, parecía odiarme más. Solía pensar que me cazaba por deporte, apareciendo de diferentes sitios con ese

gruñido cruel, que estoy segura de que me estaba quitando años de vida.

Entonces, un día, me había sobrado un poco de filete de la cena y se me ocurrió una idea.

Mientras pasaba junto a la valla, se lo tiré por encima cuando Cujo vino corriendo. Se detuvo y lo engulló mientras yo me metía dentro a toda prisa.

Seguí haciendo eso todos los días. Le compraba un filete bueno y jugoso el fin de semana, lo cocinaba el domingo por la noche y luego lo cortaba en trozos para la semana.

Después de una semana haciendo esto, ya no ladraba ni atacaba la valla cuando me veía. Después de dos semanas, empezó a venir corriendo y a mover la cola.

Nos hicimos amigos. Me quedaba a hablar con él después de darle su tentempié. Al cabo de un mes, metí los dedos por la valla y me los lamió. Vi su nombre grabado en la chapa que colgaba de su sucio collar marrón: Cutter.

Dejé de temer el pasar por la valla. De hecho, empecé a desearlo. Parecía tan feliz cada vez que me veía… más feliz que nadie.

Me sentaba fuera en mis descansos y él se tumbaba a mi lado, mirándome con esos ojos marrones llenos de amor. A veces, leía. A veces, le ponía música. A veces, le contaba mis problemas. Siempre parecía estar escuchando y siempre estaba contento de tenerme a su lado.

Llegó el otoño y con él la lluvia fría. Durante un aguacero, yo miraba desde mi ventana, con el corazón roto, cómo Cutter intentaba resguardarse bajo la puerta abollada de un coche durante horas. Sabía que sus dueños lo dejaban fuera todo el tiempo, día y noche, sin importar el tiempo que hiciera. Tenía una caseta en una esquina del solar, pero la madera estaba toda podrida y nunca lo vi dentro. Prefería tumbarse bajo esa puerta amarilla abollada en el barro frío por alguna razón que nunca entendí.

A las tres en punto, ya no pude más. La cabeza de Cutter se irguió y sus ojos me siguieron mientras yo entraba en aquel taller ilegal para hablar con el dueño.

No llegué muy lejos.

El tipo sórdido con el pelo engominado, la perilla fina y el tatuaje de un escorpión en el cuello se rio en mi cara cuando le sugerí que metiera a su perro dentro mientras llovía.

—Es un perro guardián, señorita —dijo Angelo, negando con la cabeza—. Se supone que tiene que ser malo y estar enfadado. ¿Usted cree que me va a servir de algo si se acostumbra a acurrucarse en un sofá con la barriga llena de galletas?

No soy una persona conflictiva en absoluto. Si me traen un plato equivocado en un restaurante, normalmente lo dejo pasar, y no creo haber montado una escena en público nunca.

Pero la imagen de mi amigo con un aspecto tan patético bajo la lluvia removió algo en mi interior.

Odiaba cómo lo trataba. Odiaba que no le diera de comer durante todo el fin de semana mientras el taller estaba cerrado. Odiaba que nunca lo acariciara, nunca lo besara, nunca lo abrazara, que nunca lo llamara «buen chico». Toda esa frustración e ira burbujearon y explotaron.

—Lo está maltratando —grité—. ¡No se merece esto!

Él puso los ojos en blanco. —¿Va a comprar unas llantas o qué?

—¿Llantas *robadas*? —dije, fulminándolo con la mirada.

Él me devolvió la mirada.

Sabía que me estaba metiendo en un lío. Por allí entraban y salían todo tipo de tipos de mala pinta y lo más parecido a una pelea que había tenido fue cuando mi equipo de voleibol del instituto se enzarzó en una discusión a gritos con el otro equipo. Por suerte, yo estaba sacando, así que estaba en la parte de atrás.

—¿Qué le parece si vuelve usted a sus bombas de agua y yo me olvido de que esta conversación ha tenido lugar? —me advirtió—. Si no, vamos a tener problemas más grandes que un perro mojado. ¿Me entiende?

Me mordí la lengua, me di la vuelta y salí de allí echando humo.

—¡Y deje de darle de comer a mi perro guardián! —me gritó a la espalda.

Aunque estaba diluviando, Cutter saltó y corrió hacia mí, moviendo su cola mojada mientras me seguía a lo largo de la valla.

—Lo siento, amigo —le susurré—. No puedo hacer mucho.

No parecía enfadado conmigo en absoluto. Simplemente estaba feliz de ver una cara amiga.

Dos semanas después, un miércoles por la tarde, salí de mi oficina y alguien surgió de las sombras, empuñando un cuchillo.

—Dame el bolso, las joyas y el teléfono —siseó el hombre.

Me quedé helada, mirándolo horrorizada. Tenía unos ojos hundidos y vacíos sin nada bueno detrás. Al principio, pensé que debía de haberlo enviado Angelo, ya que yo había seguido alimentando a Cutter incluso después de su advertencia, pero rápidamente me di cuenta por sus manos temblorosas de que era un yonqui que buscaba dinero para su próximo pico.

—Venga, *zorra* —siseó, agitando el cuchillo entre nosotros. Solté un grito ahogado cuando se acercó peligrosamente a mi cara.

No podía moverme, pero por suerte, no me hizo falta. Mi salvador peludo vino cargando a través del desguace, ladrando y gruñendo como no le había oído hacerlo en meses. Cutter me vio en apuros y saltó tan alto que llegó a la parte superior de la valla. No sé cómo demonios consiguió ese perro loco llegar hasta arriba, pero lo hizo y se las arregló para pasar al otro lado.

—¡*Mierda*! —gritó el tipo, dándose la vuelta y huyendo aterrorizado mientras Cutter saltaba y aterrizaba en el suelo casi dos metros más abajo.

No sé hasta dónde lo persiguió Cutter ni qué le hizo cuando lo alcanzó, pero no volví a ver a ese tipo. Cutter regresó corriendo hacia mí unos minutos después, con un aire bastante satisfecho. Agachó las orejas mientras me olisqueaba por todas partes, asegurándose de que estaba bien.

Caí de rodillas, hundí la cara en su cuello y lloré. Él se quedó allí pacientemente mientras yo lo soltaba todo.

—Gracias —sollocé, acariciándolo con manos temblorosas—. Gracias por salvarme.

—¡¿Pero qué coño?! —gritó Angelo, saliendo de su edificio como una furia al verme abrazar a su perro—. ¡¿Lo has soltado tú?!

Intenté explicarle que me había salvado. Que su perro guardián había hecho su trabajo admirablemente, de hecho, pero Angelo no

quiso escuchar nada. Agarró a Cutter por el collar, tiró de él y lo arrastró hasta la puerta, y lo arrojó de vuelta al desguace.

—Aléjese de mi perro, señorita —me siseó—. No se lo voy a decir otra vez.

—Pero él…

No sirvió de nada. No quiso escuchar.

Fue entonces cuando Cutter y yo nos hicimos mejores amigos. No podía dormir por la noche sabiendo que él estaba ahí fuera, pasando frío. Llegó diciembre y el tiempo empeoró. Nevó mucho y no paraba de pensar en las patas frías y el cuerpo helado de Cutter. El pobre perro estaba allí fuera toda la noche.

El primer viernes de diciembre, cayó una nevada tremenda. Me senté en mi oficina a mirar a Cutter a través de la ventana, odiando el aspecto tan frío y patético que tenía. Ya le había tirado una manta gruesa por encima de la valla, pero estaba cubierta de nieve.

El parte meteorológico decía que iban a caer treinta centímetros durante el fin de semana y supe en mi corazón que no podía dejarlo allí fuera con una tormenta como esa.

Él me había salvado.

Sabía que era mi turno de devolverle el favor.

Me escapé a la ferretería y compré la cizalla más grande que encontré. Una vez que Angelo y todos sus empleados criminales se fueron para el fin de semana, corrí hacia la valla, corté un agujero en ella y nos dimos a la fuga perruna.

Cutter pareció muy confundido cuando intenté meterlo en mi coche, pero con la ayuda de unas cuantas galletas, lo conseguí.

Lo llevé a casa esa noche y durmió en una cama caliente por primera vez. Parecía tan feliz. Tan agradecido. Nos acurrucamos toda la noche y supe que había hecho lo correcto, aunque eso fuera robar un perro.

También sabía que había hecho saltar mi vida por los aires. Había cámaras por todo el desguace y ya le caía mal a Angelo.

Empezaba a darme cuenta de todo mientras me acurrucaba con Cutter en mi cama. No podía volver a mi trabajo. Nunca.

Angelo descubriría dónde vivía y, cuando viniera aquí y viera a su perro totalmente domesticado en mi apartamento, haría algo más

que lanzarme una mirada severa. Probablemente me cortaría el cuello.

—Tenemos que irnos a otro sitio, amigo —dije mientras acariciaba la cabeza de Cutter—. No podemos quedarnos aquí.

Tenía hasta el lunes por la mañana, cuando Angelo y su banda se despertaran de su juerga de fin de semana y llegaran al trabajo a trompicones. Verían que Cutter no estaba, encontrarían el agujero y entonces solo tendrían que mirar la grabación de la cámara para saber que yo era la responsable.

Y entonces ni siquiera mi protector amigo peludo podría salvarme.

Pasé la noche buscando sitios. Un pequeño pueblo en las montañas sería perfecto. Un lugar donde Angelo nunca nos encontraría.

Era más de medianoche cuando lo encontré.

Las montañas Greene en Montana.

Era perfecto.

Era un pueblo adorable con un entorno impresionante y, lo mejor de todo, estaba lo suficientemente lejos de aquí como para que nunca tuviéramos que mirar atrás.

Empaqué todo lo que valía la pena, le envié un correo a mi jefe diciéndole que tenía que dejar el trabajo, dejé dos meses de alquiler en efectivo sobre la mesa con una nota de disculpa para mi casero y nos fuimos.

Me entristeció un poco darme cuenta de que no tenía a nadie más de quien despedirme. Llevaba dos años viviendo aquí y en realidad no había hecho ningún amigo.

Mi familia estaba a tres estados de distancia. Ahora estaría más cerca de ellos.

Un nuevo comienzo era lo que necesitaba.

Y eso es lo que estamos a punto de conseguir.

—Ahí está —le digo a Cutter mientras pasamos el gigantesco cartel verde de la autovía—. Las montañas Greene. Ya hemos llegado.

El estómago se me llena de nervios y emoción mientras pongo el intermitente y tomo la salida.

Cutter me mira y luego me lame la muñeca como si me estuviera diciendo que podemos con esto.

—Claro que podemos, amigo —digo, más para mí que para él—. Podemos con esto. ¡Montañas Greene, allá vamos!

CAPÍTULO DOS

Lucy

«El rarito de la mesa nueve acaba de preguntarme si nuestro fletán era *de alta mar*», dice Jenny, riéndose mientras toquetea la pantalla de nuestra estación de servicio.

—¿En vez de todos esos fletanes que se crían en la selva? —digo, riéndome entre dientes.

—Me extraña que no haya pedido el certificado de nacimiento del pescado —dice, negando con la cabeza—. Ni siquiera lo ha pedido. Al final se ha pedido la hamburguesa con aros de cebolla.

—Claro que sí —digo, riéndome mientras lo miro de reojo.

—Lucy, ¿ya casi ha terminado? —pregunta Jacob, mi encargado, mientras se acerca, revisando los platos que esperan bajo las lámparas de calor frente a la cocina—. A este le faltan patatas. ¡Miren estos platos, están asquerosos! ¡Vamos, chicos!

Uno de los cocineros retira los dos platos rápidamente para limpiar los bordes mientras Jacob se vuelve hacia mí con las cejas arqueadas.

—Solo me quedan dos que se están apalancando en la mesa treinta y uno —digo mientras cojo el datáfono—. La cuenta ya está en la mesa. Voy a dar otra vuelta por allí.

—Relléneles el agua de paso —dice, dándose la vuelta para volver a inspeccionar los platos.

Salgo con la jarra de agua y paseo por el comedor del Jack Jameson's Bar and Grill con una gran sonrisa en la cara.

Me encanta este sitio. El restaurante, el pueblo, mi nuevo adosado. Me encanta todo.

Todavía estoy en shock por cómo elegí un pueblo al azar y ha resultado ser el lugar más perfecto del mundo para mí. Las montañas Greene son una monada. El paisaje es espectacular, con unas montañas majestuosas que te dejan sin aliento a cada paso.

Las calles parecen sacadas de una película de sobremesa, con las adorables aceras de adoquines, las preciosas flores de colores en las farolas antiguas y todos los divertidos restaurantes y eclécticas tiendas familiares. Puede que el pueblo parezca de película, pero los hombres son totalmente de novela romántica. ¡Madre mía, son un espectáculo para la vista! En la última semana he visto más brazos musculosos, hombros anchos, barbas pobladas y caras preciosas en estos impresionantes hombres de montaña que en toda una vida en mi antiguo y cutre pueblo.

Han pasado cinco meses desde que Cutter y yo llegamos a las montañas Greene y todavía estoy asombrada de lo increíblemente bien que ha salido todo.

Soy camarera en el restaurante más guay del pueblo. Es el sitio de moda por la noche, con cervezas de barril a cinco dólares y platos tan grandes que ni algunos de estos hombres de montaña pueden terminárselos. Hay una zona de barra enorme y servimos toda clase de cócteles divertidos y coloridos. El personal es genial —*adoro* a Jenny—, los clientes son maravillosos y se gana un dineral. Todo el mundo es muy amable y generoso. Prefiero esto a mi antiguo y aburrido trabajo, donde tenía que hablar de bombas de agua todo el día.

Paso despreocupadamente junto a mi mesa, donde espero a que pague la pareja. Llevan aquí *un montón* de tiempo. Él tiene la cartera en la mano, pero no saca la tarjeta de crédito. Creo que a estas alturas deben de estar decidiendo si se mudan al comedor.

Quizá, si en la próxima ronda por su mesa vuelvo en pijama, pillen la indirecta.

Relleno algunas aguas, sonriendo y charlando con los amables lugareños. Le guiño un ojo a una niña aburrida y ella me sonríe.

—Hola, Lucy —dice Abby, de la panadería Warm Loaf, cuando le relleno el vaso de agua. Está sentada en la mesa con su atractivo novio de Búsqueda y Rescate, Julian Long—. ¿Cuándo vas a dejar que te busque una cita?

Siento que se me sonrojan las mejillas mientras me río con timidez. —Ya tengo un macho que me mantiene ocupada.

Ella pone los ojos en blanco, juguetona. —Me refiero a un hombre *de verdad*. No a uno con cuatro patas y cola.

Siempre paso por su panadería por las mañanas cuando paseo a Cutter. Tienen los *mejores* rollos de canela del planeta y no paro de decirme a mí misma que voy a pasar de largo, pero cada mañana, ese olor irresistible me atrae y cedo. Siempre me da conversación mientras me prepara el capuchino, diciendo que me va a encontrar al hombre perfecto.

No es que necesite un hombre ahora mismo. Todavía me estoy adaptando.

He alquilado un adosado en una calle tranquila y tiene un patio trasero enorme que comparto con mi vecina Sandra. Está vallado y a Cutter le *encanta*. Sandra tiene un golden retriever, Rocky, y los dos son los mejores amigos. Pasan todo el día juntos, jugando y acurrucándose en la hierba mullida. Es muy reconfortante ver a mi perro feliz rodeado de amor, sobre todo después de ver lo solo que estuvo todos esos años.

Me he hecho amiga de Sandra. Yo cuido de los perros durante el día mientras ella está en el trabajo y ella los cuida por la noche mientras yo estoy aquí. Es perfecto.

—Cuando estés lista, avísame —dice Abby cuando me alejo de su mesa—. Hay que ser valiente en la vida —sonríe mientras me enseña la muñeca, donde lleva un tatuaje que dice *Sé valiente* en tinta negra.

—Es un buen consejo —digo con el corazón desbocado.

Soy valiente en la vida —al fin y al cabo, robé un perro y me mudé a un pueblo nuevo por un capricho—, pero soy de todo menos valiente en lo que respecta a mi vida amorosa. O a la falta de ella.

Tengo veintitrés años y no he hecho mucho más que ir de la mano y dar unos cuantos besos torpes. Ni siquiera sabría qué hacer si le pusiera las manos encima a uno de estos macizos de montaña. Probablemente, mi corazón se pararía del pánico.

Sus palabras resuenan en mi cabeza mientras paso junto a mis últimos clientes que se niegan a marcharse.

Sé valiente.

Planto la jarra de agua en la mesa con un golpe lo bastante fuerte como para llamar su atención.

—¿Cómo vamos a pagar? —pregunto en un tono firme mientras saco el datáfono del delantal.

El hombre me da su tarjeta de crédito sin rechistar, así que se la cobro, les deseo buenas noches y me largo de allí.

Qué fácil... Supongo que podría haber hecho eso hace treinta minutos.

Me siento en una caja de leche boca abajo y cuento el dinero en efectivo mientras la oferta de Abby persiste en mi mente.

¿Debería tener citas? ¿Qué tipo de chico me gustaría?

Siempre me han gustado los chicos grandes, fuertes y protectores, pero ese tipo de chicos son muy intimidantes. No me veo acercándome a alguien así o yendo de la mano con alguien que me dobla en tamaño. Fantaseo con una situación así, pero nunca creo que vaya a ocurrir en la vida real.

Justo cuando estoy terminando y metiendo mis recibos en un sobre, Jenny asoma la cabeza por la parte de atrás. —Lucy, hay unos tíos en la mesa diecisiete preguntando por ti.

Se me encoge el estómago. Se me hiela la sangre.

No...

—Están buenos —dice, abanicándose mientras me dedica una sonrisa lasciva—. No sabía que te gustaran los chicos malos.

—¿Chicos malos? —pregunto tragando saliva.

—Sí —dice, mordiéndose el labio inferior—. El más guapo tiene un escorpión tatuado en el cuello.

¡Oh, mierda!

Es Angelo. ¿Cómo me ha encontrado?

Mi mente va a mil por hora mientras meto el dinero y el resto de mis recibos en el sobre. Me levanto de un salto de la caja de leche y la agarro por los hombros. —¿Les has dicho que estaba aquí?

—He dicho que iba a mirar —responde, mirándome de forma extraña—. No estaba segura de si te habías ido. ¿Por qué?

—Mierda —murmullo mientras corro hacia la estación de servicio. Echo un vistazo al comedor y me entra un escalofrío al ver a Angelo sentado en la mesa con uno de sus matones.

—¿Quiénes son? —pregunta Jenny, siguiéndome—. ¿Estás bien?

La agarro de la muñeca y tiro de ella hacia la trastienda. —Diles que me he ido. *No*. Diles que he dejado el trabajo y me he mudado. No, diles que nunca has oído hablar de mí. ¡Que no sabes quién soy!

—¿Qué pasa? —pregunta Jenny, con cara de preocupación—. ¿Estás en peligro o algo?

—No, nada de eso —miento. No quiero meterla en líos—. Solo... —le meto el sobre en el delantal—. Dale esto a Jacob y no les digas nada sobre mí.

—¿Estás en problemas? ¿Llamo a la policía?

—No, no pasa nada —digo con el corazón desbocado—. No saben dónde vivo. No pueden saberlo. ¿O sí? Digo, han descubierto dónde trabajo. ¿Cómo demonios lo han hecho?—. Solo... Aléjate de ellos. Son mala gente.

Ella no sabe qué decir mientras yo me doy la vuelta y corro hacia mi taquilla. Cojo el bolso y la mochila, sin molestarme siquiera en cambiarme el uniforme. Ella sigue mirándome con cara de confusión mientras salgo a toda prisa por la puerta trasera y corro hacia mi coche.

—*No* —susurro mientras salgo del aparcamiento, con el estómago encogido—. Todo iba tan bien… Todo estaba encajando. Mi trabajo, mi pueblo, mi casa, mi perro, mis nuevos amigos... ¿Y ahora qué? ¿Tengo que hacer las maletas y marcharme otra vez?

Angelo me va a matar si me encuentra aquí con Cutter. Y no hay duda de que está aquí por mí. Los asesinos como Angelo no veranean en pueblecitos de montaña con sus colegas homicidas.

Dudo que estén aquí para alojarse en un coqueto hostal y comprar en la tienda de mermeladas del pueblo.

Veo una multa de aparcamiento en el suelo del asiento del copiloto y se me caen los hombros.

—Oh, no... —susurro mientras la cojo. Tiene mi nombre, matrícula y nueva dirección. ¿Quizá es así como me ha encontrado? ¿Quizá cuando me pusieron esta multa, mi nombre apareció en el sistema? ¿Un sistema que uno de sus policías corruptos colegas vigila?

No lo sé... No importa. Está aquí y ahora tengo que enfrentarme a esa aterradora realidad.

Dios, espero que no hayan estado ya en mi casa. Piso el acelerador y corro hacia casa, pensando en Cutter todo el camino.

Solo cuando entro en mi tranquila calle me doy cuenta de que no puede ser. Se habrían llevado a Cutter y él habría estado ladrando como un loco en su coche en el aparcamiento. Lo habría oído al salir.

No parece que haya nada fuera de lo normal en casa, pero sigo preocupada mientras entro en el camino de entrada y apago el coche.

—¡Cutter! —grito mientras corro hacia la puerta principal. La abro de un tirón y respiro aliviada cuando él viene corriendo hacia mí, moviendo la cola como si fuera cualquier otra noche divertida.

—¿Qué pasa? —pregunta Sandra al abrir su puerta, que está justo al lado de la mía—. Te he oído derrapar por la calle como si estuvieras en una carrera de coches. ¿Qué está pasando?

—Te lo explico en un minuto —digo mientras agarro a Cutter del collar y miro calle abajo—. ¿Podemos quedarnos contigo esta noche?

—Por supuesto —dice Sandra mientras Rocky sale dando saltos, emocionado por una fiesta de pijamas.

—Solo tengo que coger algunas cosas.

Sandra mete a los perros en su casa mientras yo subo corriendo a por algo de ropa, el pijama y mi cepillo de dientes, metiéndolo todo en una bolsa.

Me aseguro de que todas las ventanas y puertas estén cerradas, y luego me meto en la seguridad de la casa de Sandra.

Me prepara una copa (una bien cargada) mientras le escribo a Jenny para que me avise cuando Angelo se vaya del restaurante.

—Ahora —dice Sandra mientras se sienta en su pequeña mesa de la cocina frente a mí con su copa—. Cuéntamelo desde el principio.

Me coge de la mano mientras le cuento toda la historia sobre Cutter siendo un perro guardián, sobre cómo lo robé, y sobre Angelo siguiéndome hasta aquí y apareciendo en el restaurante. Estoy muy agradecida de tenerla. Ha sido una presencia constante en mi vida estos últimos cinco meses, como una tía sabia y amable que siempre quise, pero nunca tuve.

—¿Qué haces? —le pregunto cuando se levanta y coge el teléfono.

—Tenemos que llamar a la policía.

—¡No podemos! —casi grito—. *Yo* soy la criminal aquí. *Yo* soy la que ha robado un perro. No se van a poner de mi parte.

Baja el teléfono, pensándoselo. —No podemos permitir que vivas con miedo. ¿Y si vienen a tu casa esta noche?

—Puedo pasar desapercibida unas cuantas noches —digo, esperando que mi jefe, Jacob, sea comprensivo y entienda que necesitaré tomarme unos días libres, aunque sé que no lo será—. Quizá Angelo se aburra y se vaya.

—Han pasado cinco meses y no lo ha dejado pasar —dice ella—. Tenemos que involucrar a la policía.

Mi móvil se ilumina sobre la mesa. Es Jenny. Se van.

—*Por favor*, Sandra —digo, suplicándole—. Me obligarán a devolvérselo.

Se me rompe el corazón al mirar a Cutter y a Rocky, todos acurrucados en un rincón. No puedo devolvérselo. No se lo devolveré.

—Se me ocurrirá algo —le digo—. Te lo prometo. Solo déjame consultarlo con la almohada.

Aprieta los dientes mientras me observa con recelo. —Vale, pero más te vale que sea bueno o llamaré a la policía.

Esperamos tres horas, pero Angelo no aparece, así que acabo durmiendo en el sofá de Sandra con Cutter.

Cuando estoy profundamente dormida, sobre las tres de la madrugada, unos faros iluminan la habitación. Cutter se anima, listo para ladrar, pero le agarro el hocico y lo hago callar.

—Calla —susurro mientras una camioneta aparca en nuestro camino de entrada. Se abren y se cierran puertas.

Contengo la respiración mientras unos pasos se dirigen hacia mi casa. Abren la puerta de una patada y entran en mi casa mientras Cutter lloriquea e intenta zafarse de mi férreo agarre en su hocico.

Probablemente son menos de diez minutos, pero se sienten como toda una vida mientras rebuscan por toda mi casa antes de irse.

¿Quizá pensarán que se han equivocado de casa?

Pero entonces me doy cuenta de que no es verdad. Tengo fotos mías y de Cutter por todas partes. Él tiene una cama de perro grande en el salón y juguetes de perro por todos lados. Sabrán que la casa es mía.

Y volverán.

De verdad que no quiero irme. No de este pueblo. No ahora que por fin empieza a parecer mi hogar.

Solo hay una cosa que puedo hacer...

Mañana por la mañana, iré a la comisaría de policía de Greene Mountain e involucraré a la policía.

Y esperaré lo mejor.

CAPÍTULO TRES

Emmanuel

—¿Necesitas que te eche un ojo? —me pregunta Cara mientras me tumbo en el banco de musculación.

Henry se ríe por lo bajo. Está sentado en la prensa de piernas, mirando el móvil como siempre. —Emmanuel *nunca* necesita que lo vigilen.

—Este es mi peso de calentamiento —digo mientras agarro la fría barra de hierro.

Cara suelta un silbido por lo bajo mientras me observa levantar la barra con facilidad. Llevo dos discos a cada lado para un gran total de doscientas veinticinco libras. Ya levantaba este peso a los dieciséis años. Ahora tengo veintisiete y puedo superar las trescientas libras de sobra.

Me observa hacer las repeticiones y luego dejo caer la barra de nuevo en el soporte con un estruendo.

En nuestra comisaría es tradición entrenar todos juntos los lunes por la mañana. Tenemos un gimnasio bastante decente en la parte trasera de la comisaría, teniendo en cuenta lo pequeño que es nuestro pueblo. El anterior sheriff venía de una familia rica y compró todo esto de su bolsillo. A todos nos encantó que lo dejara aquí cuando se jubiló.

Todos le damos buen uso, excepto quizás Henry, que prefiere levantar una caja de dónuts a una mancuerna. Tiene cuarenta y ocho años, está casado y le faltan dos años para jubilarse, cosa que nos recuerda constantemente.

Es una comisaría pequeña, pero este pueblo no necesita mucho más. La única acción que vemos es cuando los tíos del The Cracked Barrel Saloon empiezan a armar jaleo.

Somos más que suficientes con Henry, el sheriff Ryland Gray, Cara —nuestra novata, que se convirtió en una traidora con todas las de la ley cuando empezó a salir con el jefe del parque de bomberos —, Santino, que suele ir a lo suyo, y yo.

Es un trabajo bastante fácil. Por eso estoy pensando en dejarlo.

—He oído que hubo una pelea en el Saloon el sábado por la noche —dice Ryland al entrar, estirando los brazos.

—*Siempre* hay una pelea en el Saloon el sábado por la noche —dice Henry con una risita.

—Fue pequeña —digo con un suspiro mientras me levanto y añado algo de peso a la barra—. Huyeron en cuanto aparecimos.

Cara me sonríe mientras hace unas flexiones de bíceps con las barras. —Le echaron un vistazo a Emmanuel saliendo furioso del coche y se piraron cagando leches.

—Parece que te estás ganando una reputación —dice Ryland riendo—. Mientras sirva para mantener la calma.

Golpeo un disco de veinticinco libras en cada lado de la barra. Estaba de servicio con Cara como compañera y me moría de ganas por un poco de acción, pero en cuanto llegamos, esos nenazas se subieron a sus motos y se largaron. Menuda decepción.

Santino está haciendo sentadillas en el soporte con sus grandes auriculares con cancelación de ruido puestos. En cuanto termina su serie, Ryland le tira su toalla.

—¿Qué? —dice Santino, quitándose los auriculares.

—Se supone que tenemos que entrenar *juntos* —dice Ryland—. Es la tradición.

—Estoy aquí —dice, encogiéndose de hombros, grandes y sudorosos—. ¿Cuál es el problema?

—El problema es que se supone que tenemos que hacer piña —dice Ryland con un suspiro—. Nos estás ignorando.

—No lo hago.

Ryland resopla. —¿De qué estábamos hablando hace un momento?

Santino le sonríe a Henry. —De que Henry no ha levantado una pesa en los últimos quince minutos.

Henry le tira su toalla mientras todos nos reímos. Santino se vuelve a poner los auriculares y continúa con sus sentadillas.

—Tengo la rodilla mal —murmura Henry, frotándosela.

—La semana pasada era el codo —dice Cara, sonriéndole con aire de suficiencia—. Y la anterior, la espalda.

—Cuando llegas a mi edad —dice Henry, negando con la cabeza —, todo empieza a fallarte.

—¡Oh, por favor! —dice ella—. El sheriff es mayor que tú, y míralo.

Miro a Ryland mientras ejercita sus enormes tríceps. El tipo es una bestia. Definitivamente, no es el típico hombre de cincuenta y dos años. Ryland es alto y está cachas, con tatuajes que le recorren los musculosos brazos. Las mujeres del pueblo creen que es un madurito de escándalo, aunque él no parece tener ojos para ninguna de ellas.

—No puedes compararme con *él* —dice Henry, agitando su móvil. Puedo ver el Candy Crush abierto en su pantalla—. Es un bicho raro. Un caso aparte. Los hombres de mi edad no podemos aspirar a esos estándares.

—¿Tú tienes estándares? —digo, riéndome.

—Cállate —dice Henry, sacándome la lengua—. Ya verás cuando llegues a mi edad.

Cara se ríe y él dirige su ira hacia ella. —¿De qué te ríes? Eres una traidora al cuerpo.

Ella niega con la cabeza mientras coloca sus mancuernas en el soporte y coge un par más pesado. —Venga ya, explícate.

—Confraternizas con el enemigo —dice Henry, negando con la cabeza—. Estás saliendo con el jefe de bomberos, nada menos.

Henry es un maestro en cambiar de tema y desviar la atención. Ryland se acerca mientras Cara y Henry empiezan a discutir. Se pone de pie detrás de mí mientras empiezo otra serie.

—¿Alguna novedad? —pregunta entre mis gruñidos—. ¿Ya te han hecho una oferta?

—No —miento.

Parece aliviado mientras suelta el aire. —Llegará.

Ya ha llegado. Me han ofrecido un trabajo en el FBI.

Vuelve a invadirme esa sensación de desasosiego en el estómago mientras levanto la barra con un gruñido. Estoy lleno de dudas. Sobre el papel, es todo lo que quiero. Más acción, más responsabilidad, un mayor impacto. Pero no sé... Sencillamente, no lo siento *bien*.

Tendré que mudarme —no sé adónde—, pero hay algo en mis entrañas que me dice que estoy exactamente donde tengo que estar.

Nunca he estado mucho tiempo lejos de estas montañas y no sé si podría vivir sin ellas. Su belleza alimenta mi alma. Es una parte de mí. Es difícil de expresar con palabras, pero cualquier hombre de montaña lo entendería. Estas montañas son como una extremidad más. No sé si podría sobrevivir en una jungla de asfalto.

Pero sí que necesito *algo*... Siento que a mi vida le falta algo. No está completa. Lo que no sé es qué es ese algo.

—¿Ellos se lo pierden si no se quedan con alguien como tú —susurra Ryland.

Mis brazos empiezan a temblar mientras hago esas últimas repeticiones. Sigo hasta que no puedo levantarla ni un centímetro más, y entonces Ryland agarra la barra y tira de ella conmigo.

—¿Por qué nunca te fuiste? —pregunto mientras me siento, limpiándome la cara con la toalla—. ¿Alguna vez soñaste con algo más grande?

Respira hondo mientras se lo piensa. —Quizá una o dos veces —dice, asintiendo—. Pero estas montañas me tienen atrapado y este pueblo es mi hogar. No creo que pudiera vivir en ningún otro sitio. Sería como coger un león y soltarlo en el Ártico. No encajaría.

Sé exactamente a qué se refiere. Me crie en estas montañas. Acampé en los bosques, nadé en los ríos y pesqué en los lagos. Tengo un millón de buenos recuerdos. Recuerdos llenos de una sensación de paz y tranquilidad. Es solo que, últimamente, esa sensación de paz ha sido sustituida por una inquietud de la que no consigo librarme.

Estoy pensando que tal vez un cambio de carrera y un cambio de aires ayuden, pero no estoy seguro. Me preocupa que solo lo empeore.

—Déjame a mí —dice Ryland mientras hace girar los hombros.

Me levanto y me coloco detrás para vigilarlo. Mi mente va a mil por hora, como siempre.

El FBI necesita una respuesta para el final de la semana. Tengo cinco días para tomar la decisión más importante de mi vida.

Ryland gruñe mientras empieza a levantar peso. Echaré de menos esto si me voy. Entrenar con mis amigos. El sonido metálico. Los gruñidos de los hombres levantando hierro. El olor a sudor y testosterona. Dudo que en el enorme FBI haya el mismo ambiente familiar que en la comisaría de un pueblo pequeño.

La campana de la puerta suena cuando Ryland está en mitad de su serie.

—Henry, ve a ver quién es —gruñe Ryland mientras sus brazos flexionados suben y bajan.

—Si puedes tomarte un descanso del Candy Crush —dice Cara con una carcajada.

Henry le saca la lengua y desaparece hacia la entrada.

—Te di una recomendación excelente —dice Ryland mientras trabaja brazos y pecho—. No sé por qué están tardando tanto.

No quiero hablar de esto. No ahora mismo. Me he pasado la noche en vela agobiado con el tema y solo quiero hacer mi entrenamiento en paz.

—Oye, Cara —digo, llamándola—. Ven a vigilar al sheriff, ¿quieres? Quiero trabajar los tríceps.

Cara me releva y yo me dirijo a la máquina de polea alta cerca de la puerta. Meto el pasador en el peso inferior y empiezo a machacarme los tríceps, subiendo y bajando la pesada carga.

—Espera, *¿de quién* es el perro? —oigo a Henry preguntarle a la persona de la entrada mientras hago mi serie.

—Es una larga historia —dice la mujer. Su voz hace que se me ponga la piel de gallina—. Pero están intentando robarme el perro.

—Pero es *tu* perro, ¿no?

—No exactamente —dice—. Bueno, lo tomé prestado.

—No lo entiendo —dice Henry—. ¿Has robado un perro y ahora los verdaderos dueños están intentando recuperarlo?

—Robar es una palabra muy fuerte —dice la mujer—. Prefiero decir que lo rescaté.

Me puede la curiosidad. Tengo que ver a esta tía loca.

Suelto las pesas con un *clang* y luego echo un vistazo a la entrada. Casi se me para el corazón cuando la veo frente al mostrador. Es... Es... *Magnífica*.

Es como si un rayo me hubiera partido el pecho, sacudiéndome hasta la médula mientras la contemplo con asombro.

Es imponente. No puedo apartar los ojos de ella.

Lleva un moño despeinado en lo alto de la cabeza como si ni siquiera se diera cuenta de lo sexi que es, con mechones de pelo rubio miel cayéndole como si acabara de salir de la cama. Su sudadera ancha ahoga su menuda figura, pero no oculta esas piernas largas y tonificadas que asoman por sus pantalones vaqueros recortados. Piernas *desnudas*. Bronceadas, tersas y demasiado tentadoras. Se me hace la boca agua mientras mis ojos hambrientos las recorren de arriba abajo.

Aprieto la mandíbula mientras doy un paso más cerca.

¿Qué demonios me está pasando?

Nunca he tenido una reacción como esta. Todo mi cuerpo ha cobrado vida, vibrando y anhelando y necesitando y *sediento*. Sediento por *ella*.

Trago saliva, sabiendo que esto es un terreno nuevo para mí. Nunca me he sentido tan cautivado con una sola mirada. Nunca me he sentido tan intrigado.

Aprieto las manos en puños para evitar que me tiemblen mientras bajo mi mirada ardiente por su cuerpo.

Lleva chanclas y nunca he tenido fetichismo por los pies, pero definitivamente podría empezar a tenerlo por esos adorables dedos.

Emito un gemido involuntario y esos grandes ojos marrones, llenos de vida y fuego, se posan en mí.

En el segundo en que nuestras miradas se encuentran, estoy perdido.

Todo mi cuerpo reacciona. El pulso se me dispara. El corazón me martillea.

Y una palabra resuena en mi mente sin cesar.

Mía.

La palabra es fuerte y clara en mi cabeza. No es un susurro. Es una exigencia.

Mía. Esa chica es *mía*.

No sé lo que tengo que hacer para conseguirla, pero haré lo que sea.

No sé su nombre, ni su historia, ni por qué está aquí confesando haber robado un perro, pero sé una cosa: ningún hombre volverá a acercarse a ella.

No mientras yo esté aquí.

Jamás.

Parpadea y luego traga saliva. Sé que ella también lo siente. Esta conexión imparable. Este crepitar de energía.

Sus labios se entreabren ligeramente. Mi mirada cae sobre ellos. Rosados. Suaves. Besables.

Jodidamente besables.

El gemido que suelto esta vez es lo suficientemente fuerte como para que Henry se dé la vuelta.

Él levanta las cejas y sonríe con suficiencia, mirándome como si dijera: «¿Te puedes creer a esta chica?».

No, Henry. No me lo puedo creer. Esto no parece real.

—Yo me encargo —digo mientras me paso una mano por el pelo de camino al mostrador de recepción.

Estoy dispuesto a pelear a muerte con Henry por esto, pero él parece aliviado mientras se aparta, contento de librarse de ella y de su increíble historia.

—Buena suerte con esta piba —susurra de vuelta al gimnasio.

—Gracias —murmuro. Necesito toda la suerte que pueda conseguir para hacer mío a este ángel.

Pongo las manos sobre el mostrador y la miro fijamente. Es aún más imponente de cerca.

Sus preciosos ojos marrones se abren como platos al mirar mis brazos y hombros. Llevo una camiseta de tirantes y mis músculos están hinchados por el entrenamiento. Espero no parecerle un monstruo. Sé que puedo ser intimidante para hombres y mujeres.

—Sí, pues... —dice, cerrando los ojos con fuerza y sacudiendo la cabeza como si intentara poner en orden sus pensamientos—. Estaba intentando explicarle a tu compañero que unos hombres me están persiguiendo.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me duele la mandíbula.

Mantén la calma. Tranquilo.

Estoy luchando contra el impulso de estampar un bolígrafo y un papel delante de ella para exigirle sus nombres y direcciones.

Me aseguraré de que no vuelvan a amenazarla. Me aseguraré de que no vuelvan a *respirar*.

—Y... mmm... ¿*por qué* te persiguen? —pregunto, intentando mantener la voz firme.

El corazón me late con tanta fuerza mientras me lo cuenta todo...

CAPÍTULO CUATRO

Lucy

—Sé que suena a locura —digo con la voz temblorosa—, pero te lo juro, Cutter *me eligió* a mí. Odiaba estar allí. Le obligaban a ser malo, pero tiene un corazón de oro. Es un auténtico encanto. No se merecía nada de eso.

Espero estar ganándome a este hombre, pero no tengo ni idea. No deja de mirarme fijamente con esos intensos ojos oscuros. No estoy segura de si quiere meterme en la cárcel, echarme por la puerta o tirarme sobre este escritorio y devorarme. Su cara es indescifrable. Su *muy* preciosa, *muy* sexi e indescifrable cara.

Se me acelera el pulso mientras intento desesperadamente que este policía buenorro entienda por qué robar un perro era la *única* opción racional.

—Estaba siempre helado y temblando —digo, con la voz cada vez más aguda y quebrada—. *¡Nunca* lo dejaban entrar en casa, ni siquiera en invierno! Y deberías ver lo mucho que le gusta acurrucarse en el sofá para que le den mimos. Sus mimos son legendarios.

Esos labios tan sexi se curvan en una media sonrisa. Me da un ápice de valor para seguir. Quizá pueda ganármelo. Quizá pueda conseguir algún tipo de protección aquí.

—Cualquier persona amable y razonable habría hecho lo mismo —digo, abriendo y cerrando los puños, nerviosa y sintiéndome culpable—. Si lo piensas, en realidad ni siquiera lo robé.

Enarca una ceja mientras me mira con escepticismo. Esa expresión en él es jodidamente *sexi*.

—Técnicamente no —añado rápidamente—. Solo… abrí la puerta del coche y saltó dentro sin más. En realidad, fue elección suya. Yo solo era una inocente que pasaba por allí.

—La que cortó la valla y condujo el coche de la huida…

Trago saliva, pero él está sonriendo. Puede que me haya ganado al Señor Policía Buenorro por el momento.

Este hombre es increíblemente intimidante. Debo de haberlo pillado en mitad del entrenamiento. Eso explicaría los gruñidos viriles y el chocar de las pesas que venían de la habitación del fondo. Además, lleva una camiseta de tirantes de la que sus enormes brazos amenazan con salirse en lugar de un uniforme de policía. Sus bíceps y hombros están cubiertos de sexi tinta y el tatuaje de su lado izquierdo le sube hasta el cuello, grueso y musculoso. Tengo que repetirme a mí misma que deje de mirar a este hombre con asombro. No dejo de perderme en sus ojos sobrecogedores.

Me encanta su tamaño. Es *enorme*. Seguro que ni siquiera le llego a su gran barbilla barbuda.

Y esa barba… mejor ni hablamos. Tupida y bien recortada, como si pudiera pasarse la mañana cortando leña y luego acompañar a tu abuela a misa.

Este hombre es una montaña de músculo y autoridad masculina envuelta en movimientos lentos y deliberados y una mirada que hace que sea muy difícil respirar correctamente.

Apuesto a que su novia no tiene que preocuparse de que unos matones la sigan por ahí. Alguien como él convertiría a Angelo en un pretzel solo por atreverse a mirar a su chica. Jo, qué suerte tiene esa tía. Espero que lo sepa.

—Vale, puede que sí lo robara —digo, terminando en voz baja mientras miro al suelo—. Pero es que no podía dejarlo en ese horrible lugar. Lo trataban como a la basura y se merece algo mucho mejor. No me arrepiento de nada.

Trago saliva al levantar la vista. Los sexi ojos marrones de este hombre están fijos en mí. Apuesto a que esos ojos podrían intimidar a los criminales más duros para que confesaran todo. Incluso ahora, le contaría mis secretos más oscuros si tan solo me lo pidiera.

Sus ojos se ablandan cuando los míos se llenan de lágrimas. Es intimidante con todo ese músculo grueso y tatuado, pero también tiene algo cálido. Siento esa calidez envolviéndome mientras me observa como si yo fuera lo único en el mundo a lo que merece la pena prestar atención. Me pone la piel de gallina.

—Hiciste lo correcto —dice con una voz grave y profunda.

Me siento tan aliviada al oírle decir eso que casi salto por encima del escritorio a sus brazos. Solo necesitaba que *alguien* me dijera que había hecho lo correcto. Sé en mi corazón que era lo que debía hacer, pero su validación sigue significando un mundo para mí.

—¿Dónde está ahora? —pregunta—. Por cierto, soy Emmanuel. Emmanuel Rush.

Emmanuel. No el agente Rush, sino Emmanuel. Eso tiene que ser una buena señal…

—Lucy —digo, tocándome el pecho—. Y Cutter está ahora mismo en casa de mi vecina. —Saco el móvil del bolsillo trasero—. ¿Quieres ver una foto?

Acortamos la distancia entre nosotros mientras le enseño mi móvil, pasando fotos con el pulgar. Soy *muy* consciente de lo cerca que estamos. De su olor masculino. De la calidez de su cuerpo.

Dios, ojalá me hubiera puesto algo un poco más mono en lugar de esta sudadera grande, vieja y descolorida. ¿Cómo iba a saber que el policía más bueno de todo el país estaría en el turno de mañana?

—Parece el perro más feliz que he visto en mi vida —dice mientras paso fotos de los dos disfrutando del lago y las montañas de Montana.

—Uy —digo cuando aparece una de Cutter y yo en la cama. Él está acurrucado bajo mi brazo y yo sonrío sin maquillaje, con el pelo revuelto. La paso rápidamente, pero él se da cuenta.

—Espera, vuelve atrás —dice, cogiéndome de la muñeca.

Dudo mientras lo miro. —Es solo un selfi…

—Quiero ver al perro feliz —dice, pero hay algo más en su voz. Algo que hace que mi estómago se agite.

Vuelvo atrás.

Se queda mirando la foto durante un largo momento irrespirable. Aprieta ligeramente la mandíbula y emite un pequeño y sexi gruñido desde el fondo de su garganta. Llevo mis pantalones cortos de pijama y una camiseta de tirantes; no son demasiado reveladores, pero muestran algunas curvas. Definitivamente más curvas de las que muestro ahora con esta sudadera vieja y ancha.

—Mándamelas —dice, soltándome finalmente la muñeca.

—¿Para el caso?

Sus labios se crispan. —Sí, para el caso. Las pondré en tu expediente.

Me da su número y lo guardo en mi móvil. Añado el selfi del pijama y un par más de las buenas. Cutter y yo siempre nos hacemos los mejores selfis juntos.

Le doy a enviar con un pequeño escalofrío.

Supongo que ahora tengo el número del Señor Policía Buenorro en mi móvil…

Y él tiene el mío.

—Te lo agradece —dice Emmanuel—. Se nota.

—¿Tú crees? —pregunto, levantando la vista hacia él. Es aún más alto de cerca. Esa barba es un espectáculo digno de ver desde este ángulo. Podría ser un monumento aquí en Montana. Si no lo es, debería serlo.

—Los perros no fingen esa clase de paz —dice con seguridad en su voz profunda—. Sabe que está a salvo contigo.

—No estoy segura de que lo esté —digo, sintiéndome nerviosa de nuevo mientras me guardo el móvil en el bolsillo—. Por eso estoy aquí. Los tíos a los que se lo quité vinieron a mi casa anoche.

Emmanuel se tensa, pero no dice ni una palabra.

—Entraron en mi casa a buscarlo.

—¿Te… hicieron daño?

Parece tan intenso mientras espera mi respuesta. Parece que podría dejar su placa y convertirse en un justiciero si digo que sí.

—No me encontraron —le digo—. Estaba escondida en casa de mi vecina, pero volverán. Angelo no va a dejar pasar esto. Le quité a Cutter hace cinco meses y todavía no lo ha superado.

—¿*Cinco* meses? —dice, mirándome en shock—. ¿Llevas en mi pueblo cinco meses?

—Sí —digo—. ¿Por? ¿Pasa algo?

—¿Cómo no me he cruzado contigo antes? —dice—. Me habría acordado de haberte visto.

Y yo me habría acordado de haberte visto a ti.

—Trabajo mucho. Sobre todo de noche. Soy camarera en el Jack Jameson's Bar and Grill. ¿Has estado alguna vez?

—Claro —dice—. Pero no últimamente.

Siento que mis mejillas se sonrojan mientras me inclino. —Deberías. Quiero decir… por la *comida*. Tenemos unas hamburguesas increíbles.

Esos sexi ojos están fijos en mí mientras asiente. —Iré en mi próxima noche libre. *Si* me puedo sentar en tu zona.

Me aparto el pelo de detrás de la oreja, preguntándome si estoy interpretando bien estas señales. Quizá después de todo no tenga novia.

Oh, vamos, Lucy. Es imposible que ninguna chica le haya echado el guante a un hombre tan sexi. Sé realista.

Se endereza mientras me mira fijamente. —No sé cómo eran las cosas de donde vienes, Lucy. Pero ahora estás en mi pueblo. Nadie te va a hacer daño.

Quiero creerle. Es solo que… Angelo parece bastante decidido a hacerme pagar por lo que le quité.

Emmanuel debe de notar mi vacilación porque insiste, mirándome con una ferocidad protectora que se apodera de mi alma.

—¿Trabajas esta noche? —pregunta.

—Sí. Intenté cogerme la noche libre por si Angelo volvía, pero mi encargado no me dejó cambiar el turno.

—No pasa nada. Yo también trabajo esta noche. Te vigilaré.

El alivio me inunda, pero no dura mucho. Angelo es un asesino. No quiero que este hombre salga herido por mi culpa.

—Pero, ¿y si vienen? —susurro.

Toda su expresión cambia. La calidez desaparece, reemplazada por algo más oscuro. Algo más malicioso. El aire a su alrededor parece cambiar, de repente cargado de algo peligroso. Sus ojos se entrecierran ligeramente, y entonces gruñe, *gruñe de verdad*—:

—Espero que lo hagan.

—Oh —susurro mientras observo cómo aprieta la mandíbula.

Un escalofrío me recorre la espalda. Se me seca la boca. De repente, cada parte de mí está hiperconsciente: del peso de su mirada, del calor entre nosotros y de cómo la habitación parece más pequeña con él dentro.

Esto es lo que necesitaba.

Un protector feroz como él.

Solo que no estoy segura de poder manejar a alguien tan… viril.

Madre mía.

Estoy en problemas.

Problemas grandes, musculosos y buenorros.

CAPÍTULO CINCO

Lucy

—¿Por qué no dejas de mirar por la ventana? —pregunta Jenny, dándome un susto de muerte al salir de la nada y apoyar la cabeza en mi hombro.

Suelto un grito ahogado y me aparto, llevándome una mano al corazón desbocado.

Es lunes por la noche y el restaurante está bastante muerto. Solo tengo dos mesas, pero no me importa porque así puedo quedarme mirando todo lo que quiera al atractivo y protector policía aparcado al otro lado de la calle.

—¿Estás buscando a esos tíos que preguntaban por ti? —dice, siguiéndome a la parte de atrás—. ¿Quiénes eran?

Adoro a Jenny, pero es la cotilla del pueblo. Si le hablo de Angelo, se lo contará a todo el mundo. Es imposible que una cotilla de su calibre guarde en secreto un cotilleo tan jugoso como ese. Nunca podría resistirse a que todo el mundo sepa que a la chica nueva del pueblo la persiguen unos delincuentes peligrosos por robarles el perro.

—Solo estaba mirando a ese policía —digo mientras cojo una bandeja de tazas de café limpias para guardarlas—. Es guapo.

Mejor aprovecho sus talentos para mi propio beneficio. Probablemente lo sabe todo sobre Emmanuel y tengo *muchas* preguntas para ella. Quiero saberlo todo sobre él.

—Ese es Emmanuel —dice, abanicándose—. Está *muy* bueno.

Siento un poco de celos por su reacción. No quiero que nadie que no sea yo le ponga los ojos encima a mi amor platónico.

—¿Está soltero?

Contengo la respiración mientras espero su respuesta. Es la pregunta cuya respuesta me muero por saber desde esta mañana. Incluso lo he buscado en todas las redes sociales, pero no he podido encontrar ningún perfil. Seguramente tiene mejores cosas que hacer como hombre de montaña que mirar una pantalla, como cortar leña sin camiseta o nadar desnudo en un lago de agua fría.

—Ah, sí —dice con un suspiro de tristeza—. Lo conozco desde que éramos niños y nunca ha tenido novia. Ninguna que yo sepa, al menos, y créeme, lo sabría.

De eso no me cabe duda.

—*Todas* las chicas del instituto intentaron ligárselo —prosigue—, pero ninguna tuvimos suerte.

—¿Por qué no?

Pone los ojos en blanco. —Es de *esos*.

—¿Esos qué?

—Esos tíos que esperan a su alma gemela —dice, claramente molesta por no ser ella a quien él esperaba—. Solo les interesa la chica que está hecha para ellos y el resto de nosotras somos el último mono.

—Ah —digo, mirando de reojo a la ventana.

—Ridículo, ¿verdad?

Yo no lo creo. Se me eriza toda la piel al pensar en Emmanuel así, con tantas opciones, y eligiendo permanecer leal a su alma gemela.

—A mí me parece bastante romántico.

Jenny resopla. —A mí me parece un desperdicio. Un cuerpo tan bueno y no quiere compartirlo. Eso es un crimen contra la naturaleza.

No puedo evitar soltar una risita mientras se dirige a la ventanilla de la cocina por donde están saliendo sus platos.

—Entonces, ¿es de aquí? —le pregunto mientras cojo uno y ella los otros dos.

—Ah, sí —dice mientras nos dirigimos al comedor—. Nació en estas montañas y ahora las protege. Bueno, nació en el hospital, pero ya me entiendes.

Mantengo un ojo en su coche patrulla y me choco de lleno con una mesa vacía, dándome un golpe en el muslo. *¡Ay!* Llevo todo el día distraída. No puedo dejar de pensar en él.

La forma intensa en que me miraba... Dios, todavía me da escalofríos.

Su mano grande y fuerte rodeando mi muñeca... Su delicioso aroma masculino... Quiero *más*...

Dejamos los platos y volvemos a la zona de servicio. Doy un rodeo por el silencioso restaurante, pasando por el gran ventanal que ofrece la mejor vista del coche de Emmanuel. Ya ha oscurecido y la calle está bastante vacía. No creo que haya mucha delincuencia de la que preocuparse un lunes por la noche en las montañas Greene.

Si Emmanuel no me estuviera vigilando, probablemente estaría echando una siesta en su coche en algún sitio o mirando el móvil. En realidad, eso es lo que haría *yo*. Él probablemente estaría haciendo mil flexiones.

Su coche está vacío. *Mierda.* ¡Necesito mi dosis de hombre de montaña bueno!

Intento recordar cada detalle de sus brazos tatuados mientras entro en la trastienda, buscando algo que hacer. Me estoy volviendo loca. No dejo de pensar en él con esa camiseta de tirantes y me pongo cachonda.

Necesito algo que sea lo contrario a sexi.

La basura...

Saco la bolsa y le hago un nudo, pero ni siquiera eso funciona. Vuelvo a pensar en ese pecho macizo y me pregunto qué se sentiría al deslizar las yemas de mis dedos por él mientras me dirijo a la puerta de atrás. Nada funciona.

Estoy coladísima por este hombre.

—Saco la basura —le digo a Jenny, que está agachada y escondida detrás del mostrador, absorta en su móvil. Me levanta el pulgar.

Salgo por la puerta de atrás y respiro hondo el aire fresco de la noche. Nunca me acostumbraré a la sensación de este aire fresco de la montaña llenándome los pulmones. Es electrizante.

Sonrío mientras camino hacia el contenedor de basura, intentando no arrastrar la pesada bolsa por el suelo.

—¿Dónde está nuestro perro?

Ahogo un grito cuando el matón de Angelo sale de las sombras como el villano de una película de terror. Conozco a este tipo. Bueno, lo reconozco, en cualquier caso. Siempre entraba a toda velocidad en el desguace con un coche diferente cada vez, y luego salía todo nervioso y crispado.

Su cara es delgada, todo ángulos afilados y malas decisiones. El pelo grasiento, repeinado hacia atrás como si intentara parecer guay, pero solo le da un aspecto sucio. Tiene los ojos hundidos y sus movimientos son salvajes y nerviosos, como si acabara de chutarse o estuviera desesperado por su siguiente dosis.

Trago saliva cuando veo el cuchillo en su mano, y de repente siento este aire frío de la montaña afilado como una navaja en mi garganta.

Las piernas se me aflojan y me tiemblan un poco al mirar la hoja roma. Sé que no dudará en usarla. Para él no soy nada.

—He dicho —gruñe, acercándose más—, ¿dónde está nuestro perro?

Dejo caer la bolsa de basura y retrocedo tropezando. —No —susurro, sin creerme del todo que esto esté pasando—. No, no, no.

Mi corazón se desboca en mi pecho y, por un segundo, lo único que puedo pensar es: *¿En serio voy a morir así? ¿Al lado de un contenedor de basura, junto a una bolsa llena de aros de cebolla empapados?*

—Lucy —gruñe, con un tic en el ojo derecho—. ¿Dónde está Cutter?

—No sé de qué me habla —digo, todavía retrocediendo. Mi espalda choca contra el contenedor y suelto un grito ahogado.

Se abalanza sobre mí... tan rápido que es como un borrón, acorralándome con sus largos y flacuchos brazos.

Hago una mueca cuando su fétido aliento me da en la cara, con el cuchillo a solo unos centímetros de mi mejilla.

—¿Vas a hacer que te mate por ese chucho?

Intento hablar, intento explicarme, pero lo único que sale es un quejido triste y patético.

—Quizás si empiezo a cortar, recordarás dónde está ese maldito perro.

—Oye —dice una voz profunda y masculina, cortando el aire fresco—. Quítale las putas manos de encima.

Sus ojillos nerviosos se abren, presas del pánico, cuando una mano grande y fuerte aterriza sobre su hombro con un *golpe seco*.

Y así, sin más, el matón sale volando de encima de mí y recorre unos buenos tres metros antes de estrellarse contra el pavimento. Su cuchillo resbala por el suelo.

Mi corazón se acelera al levantar la vista y ver a Emmanuel, de pie con su uniforme de policía, como si fuera una plegaria hecha realidad. Me recorre con la mirada de arriba abajo rápidamente; esos oscuros y sexis ojos rebosan posesión, protección y control absoluto.

Ha salido de la nada, igual que hizo Cutter cuando me salvó. Silencioso. Rápido. Letal.

Parece que ahora tengo dos protectores en mi vida.

—¿Estás herida?

Dios, esa voz... Tiene un efecto tan profundo en mí que por un segundo o dos no puedo responder.

—Estoy bien —digo, no muy segura de creérmelo.

Me examina una vez más para asegurarse y empiezo a sonrojarme, mientras el calor florece en mi interior. Cuando no ve sangre ni ninguna otra señal de heridas, dirige su atención al yonqui que se apresura a coger su cuchillo.

—¡Cuidado! —grito cuando lo veo cogerlo. Levanta la hoja roma con mano temblorosa mientras se pone en pie.

Emmanuel no parece asustado en absoluto. Se le ve ansioso por lo que sea que esté a punto de ocurrir mientras se enfrenta al hombre con las manos apretadas en puños.

Este es un hombre de verdad. Hombros anchos, espalda musculosa, una energía alfa que irradia a raudales. Y no la falsa energía alfa de esos perdedores que conducen camionetas y que se creen muy duros por llevar una camiseta hortera y escribir borderías en Twitter.

Este hombre tiene el control absoluto de la situación, de cualquier situación en la que se encuentre. Es un macho alfa en toda regla. Es un hombre de *verdad*. Uno que protege, defiende y, por lo que parece, *castiga*.

—¡Atrás! —chilla el matón, blandiendo su cuchillo—. ¡Me voy!

Emmanuel da un paso adelante, con esa mandíbula grande y sexi apretada. —No vas a ninguna parte.

El matón de Angelo se lanza hacia delante, blandiendo el cuchillo a modo de advertencia, pero no tiene el efecto deseado. Ni de lejos.

Emmanuel es más grande, más listo y más rápido. Acorta la distancia en un suspiro y agarra la flacucha muñeca del tipo. El tipo chilla cuando Emmanuel aprieta con fuerza. Tan fuerte que el cuchillo cae al suelo. Emmanuel lo aparta de una patada y luego lo estampa contra el contenedor con un *estruendo* tan fuerte que resuena por el oscuro callejón.

—¿Por qué estás siguiendo a mi chica? —le sisea en la cara.

Mi chica... Trago saliva, preguntándome por qué ha dicho eso, preguntándome por qué sienta tan maravillosamente bien oírlo...

—¡No lo hacía! —grita el tipo, con los ojos llenándose de lágrimas —. ¡No conozco a esta zorra!

Grita cuando Emmanuel le dobla la muñeca hacia el lado equivocado. Cierro los ojos y me tapo los oídos antes de poder oír el repugnante crujido.

—Dame los nombres y las direcciones de todos los que la buscan en el pueblo —gruñe Emmanuel.

—Nadie la está buscando —chilla—. ¡Lo juro!

Emmanuel le da un puñetazo en la cara con fuerza: una, dos y *tres* veces. Lo sujeta por la chaqueta cuando las piernas del hombre

ceden.

—Quiero *nombres* —gruñe Emmanuel mientras la sangre cae por la barbilla del matón desde su nariz rota y su labio partido.

—¡Eres un puto policía! —chilla el tipo, protegiéndose la cara ensangrentada con las manos temblorosas—. ¡Tengo derechos!

Emmanuel lo suelta y retrocede. No le quita de encima esos ojos ardientes mientras se desabrocha la placa de su enorme pecho y la tira al suelo. Lo siguiente que se quita es la camisa, por encima de la cabeza, y me regala otro espectáculo de este hombre precioso con una camiseta de tirantes. De alguna manera, sus brazos tatuados parecen aún más grandes a la luz de la luna.

A continuación, se desabrocha el cinturón donde lleva asegurada la pistola y el táser, y lo tira junto a la puerta del restaurante.

Sé que estoy en peligro y que este *no* es el momento para pensamientos impuros, pero, joder. Este hombre me está poniendo muy difícil mantenerme concentrada.

—Ahora no soy policía —dice Emmanuel, abriendo sus gruesos brazos—. Estoy de descanso. Así que no tenemos que preocuparnos por ninguna norma, ley o derecho.

—Eres un puto psicópata —dice el otro, poniéndose en pie a trompicones.

—Has atacado a mi chica.

Mi chica. Lo ha vuelto a decir. Suena mejor cada vez.

El tipo se lanza a por su cuchillo de nuevo, pero Emmanuel es demasiado rápido. Cae sobre él como una fuerza de la naturaleza. Es como ver a un toro luchando contra una cabra.

El matón de Angelo consigue darle un par de puñetazos, pero no parecen tener ningún efecto en Emmanuel, salvo hacer que sus golpes salgan más fuertes y más rápidos. Me quedo mirando con asombro sus músculos, cómo se contraen y flexionan a la luz de la luna. Es poesía visual. Es puro deseo erótico.

El matón cae de rodillas y Emmanuel le agarra un puñado de pelo, con la otra mano preparada para golpear.

—¡Vale! ¡Vale! —chilla con las manos temblorosas en alto, rindiéndose por completo—. ¡*Para*!

—¿Dónde están? —gruñe Emmanuel.

—No lo sé —dice—, ¡pero se han ido! Angelo vuelve el jueves por la noche. ¡Joder, lo juro!

—Como descubra que mientes —dice Emmanuel—, te enterraré bajo esa montaña.

—¡*No lo hago*! —grita, con sus ojos llenos de miedo suplicando —. ¡Vuelve el jueves a robar el perro y a hacerle daño a la chica!

—Está bajo *mi* protección —dice Emmanuel, señalándome—. Si *alguno* de vosotros, capullos, vuelve a entrar en mi pueblo, os mataré con una sonrisa en la cara. ¿Me has entendido?

—*Sí* —dice, sollozando.

—Vuelve al agujero de rata del que has salido —dice Emmanuel, estampándolo contra el contenedor una última vez—. Y no vuelvas nunca más.

El hombre destrozado se pone en pie a trompicones y se aleja cojeando tan rápido como puede, dando tumbos por el callejón como un animal herido.

Emmanuel lo observa marcharse, con el pecho subiendo y bajando como si intentara contener los pensamientos asesinos que recorren su mente.

Yo intento contener otro tipo de pensamientos. Esos brazos... Esos hombros... Dios, este hombre está jodidamente bueno.

Nunca un hombre había luchado por mí de esa manera. Protegiéndome como si fuera suya. Cutter fue el único hombre que se acercó a eso antes de Emmanuel, pero es un perro, así que no estoy segura de que cuente.

Se vuelve hacia mí y suelto un quejido al ver la intensidad en sus ojos, la sangre manchando su camiseta, la posesión dirigida directamente hacia mí.

—¿Estás bien? —El tono duro ha desaparecido de su voz. Para mí solo tiene suavidad.

—Yo... eh... sí.

Se me corta la respiración y empiezo a temblar.

Al instante está frente a mí, unos brazos cálidos y fuertes me rodean, atrayéndome hacia él. Me hundo en su pecho y dejo que mis lágrimas fluyan, calientes y desordenadas.

Me abraza mientras sollozo y me susurra palabras suaves al oído.

—Ya pasó —susurra—. No te harán daño. No lo permitiré.

—Gracias —susurro mientras lo miro con los ojos llorosos. No me he sentido tan segura, tan cuidada, en meses, si es que alguna vez lo he estado.

Su cara es tan hermosa. Podría mirarla durante *horas*.

Me pierdo en esos preciosos ojos marrones hasta que sus labios se separan. Una vez que miro su boca, no puedo apartar la vista. Quiero sentirla sobre mí. Quiero saborearlo.

Mi peso se desplaza hacia las puntas de mis pies y mi barbilla se inclina hacia arriba. Él baja la cabeza muy ligeramente, probando el espacio entre nosotros, dándome un segundo para apartarme. No lo hago. No podría aunque lo intentara.

Mi corazón late tan fuerte que debe de sentirlo contra su pecho. Sus dedos se enredan en mi pelo mientras su otra mano se posa en mi cintura, firme y tranquilizadora. Y entonces...

Me besa.

Al principio es suave, como si estuviera probando cuánto puedo soportar. Pero cuando gimo en su boca, se convierte en algo completamente distinto.

Su mano se aprieta en mi cadera y me pega a su duro cuerpo. Suelto un quejido al entreabrir los labios, sintiendo su lengua caliente y deliciosa deslizarse contra la mía.

Sí... Joder, sí...

Un profundo gemido retumba en su pecho. Sus fuertes manos se deslizan por mi espalda y profundiza el beso, haciéndome gemir. Mis pechos hormiguean al estar presionados contra su sólida pared de músculo. Mis entrañas entran en combustión y se derriten mientras me pongo de puntillas, intentando conseguir cada pedazo de él que puedo.

Puedo notar que se moría por hacer esto tanto como yo. Siento su necesidad y su deseo envolverme, volviéndome loca, excitándome aún más.

Cuando finalmente nos separamos, estoy mareada. Me siento borracha. Siento que he probado un aperitivo y estoy lista para el plato principal.

Me lamo los labios, sonriendo con timidez mientras le miro a sus preciosos ojos.

Me ha llamado *su chica*.

—No creo que ese tipo vuelva —dice, todavía abrazándome—. Pero por si acaso, te seguiré a casa.

—No tienes por qué hacerlo —digo, odiando estar causándole tantos problemas.

—Quiero hacerlo —dice, con la voz grave y entrecortada—. Y... quiero verte mañana.

¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—¿Para poner una denuncia? —pregunto.

Niega con la cabeza. —No trabajo hasta la noche. Quiero invitarte a salir. En una cita.

No puedo evitar sonreír.

—Quiero conocer a ese perro que está causando tantos problemas —dice con una sonrisa sexi—. Y me encantaría enseñarte los alrededores.

—Vale —digo, sonriendo con timidez—. Me gustaría.

Sonríe como si le acabara de alegrar el día...

Y entonces me besa de nuevo.

CAPÍTULO SEIS

Emmanuel

Miro mi reflejo en el retrovisor mientras aparco delante del adosado de Lucy por la mañana. Tengo los ojos un poco inyectados en sangre, ya que anoche dormí menos de una hora. La seguí a casa después de su turno y, aunque le prometí que no me quedaría aquí toda la noche, me quedé aparcado al final de su calle con su casa a la vista hasta que salió el sol.

Quería asegurarme de que ese cabrón no volviera. Si lo hubiera hecho, no le habría dejado escapar solo con otra advertencia. Le habría quitado la vida por amenazar a mi chica.

Cuando Santino empezó su turno, hice que viniera a relevarme. Tuve el tiempo justo para ir a casa, dormir una hora, ducharme, vestirme y volver.

Respiro hondo y salgo de mi camioneta. Saludo con la cabeza al coche de policía aparcado cuatro casas más abajo. Santino me devuelve el saludo, arranca el coche, da la vuelta y desaparece por la calle.

No me puedo creer que vaya a salir con este ángel. La gratitud me recorre los huesos mientras miro su adosado, recordando lo condenadamente bien que sentaba en mis brazos. Todavía puedo saborear su boca sexi. Aún me provoca un hormigueo por dentro.

Su perro empieza a ladrar en la ventana mientras me acerco a la puerta, ajustándome la camisa de franela. Es un precioso día de primavera: soleado y fresco. El día perfecto para una excursión por la montaña Silvergray. No hace demasiado calor y es demasiado pronto en la temporada para los mosquitos; la combinación perfecta.

Sonrío al oír su voz detrás de la puerta. —Ya basta, Cutter —dice Lucy—. Por favor, para. Es nuestro amigo.

Amigo... Espero ser algo más que eso al final del día.

Contengo la respiración cuando abre la puerta, más guapa que nunca. Tiene la cara sonrojada por sujetar al perro y el pelo un poco alborotado. Parece que acaba de... Bueno, digamos que espero tener la suerte de volver a verla así...

—Buenos días —dice sin aliento mientras lucha por sujetar a su enorme rottweiler. Las patas delanteras de Cutter se levantan del suelo mientras intenta alcanzarme. Este perro ya me cae bien. Está haciendo su trabajo: proteger a nuestra chica.

—¡Cutter! —grita, intentando tirar de él con todas sus fuerzas—. *¡Para!*

Cutter gruñe mientras me mira fijamente. Le devuelvo la mirada, sin mostrar ningún miedo.

—Puedes soltarlo —digo.

Se aparta un mechón de pelo de la cara con un soplido. —¿Estás seguro?

—Sí —digo, asintiendo—. Si esta chica va a estar en mi vida, este perro y yo vamos a tener que acostumbrarnos el uno al otro. Más vale que nos enfrentemos ahora.

Lo suelta y él se abalanza sobre mí, con el pelo negro de su lomo erizado como una cresta.

Me olisquea las piernas, como si intentara decidir si retroceder o arrancarme la cara a mordiscos. Simplemente mantengo las manos en las caderas y lo miro fijamente, con la respiración tranquila y el cuerpo quieto. Somos como dos alfas olisqueándose, intentando decidir quién está en lo más alto de la jerarquía.

Mientras tanto, Lucy observa todo esto con cara de nerviosismo. Sé que quiere que nos llevemos bien. Yo también lo quiero.

Por eso he traído un arma secreta. Varias, de hecho.

Cuando Cutter retrocede y me gruñe, la saco.

Agacha las orejas y abre mucho los ojos cuando la huele.

De camino hacia aquí, me he detenido en la panadería para comprarnos unos bocadillos recién hechos y algo de picar para nuestra excursión. Vendían unas galletas caseras para perros, así que he arrasado, comprando todo el expositor.

Al corazón de un perro se le conquista por el estómago, y no tengo ningún reparo en comprar la amistad de Cutter. Sobre todo si eso significa que puedo pasar más tiempo con su dueña.

—¿Es esto lo que quieres? —pregunto con voz alegre mientras saco una galleta para perros de mi bolsillo trasero.

Se relame los labios mientras la mira con asombro.

—Siéntate —digo. Lo hace.

—¿Vas a ser mi amigo? —pregunto, manteniéndola fuera de su alcance. Él gime. Me lo tomaré como un sí. Le doy la galleta mientras Lucy observa con una sonrisa radiante. Él se la zampa y luego le doy otra.

Después de eso, no vuelve a darme problemas.

—Gracias por haber pensado en eso —dice, aliviada de que Cutter ya no esté en modo de ataque. Él corre hacia la casa y regresa con uno de sus juguetes, sacudiéndolo hacia mí.

—Por supuesto —digo mientras la contemplo. Está despampanante con unos pantalones de yoga negros que se ciñen a sus curvas a la perfección y una camisa larga de cuadros que le queda holgada. Estoy admirando su ropa mientras la desnudo con la mirada al mismo tiempo.

—He pensado que podríamos hacer una excursión por las montañas —digo, intentando evitar que mi voz suene ronca—. He comprado el almuerzo en la panadería.

Ya se está sonrojando mientras me mira con esos impresionantes ojos marrones. —Me parece perfecto. ¿Te importaría si nos llevamos a Cutter? No quiero dejarlo solo mientras...

Baja la mirada al suelo.

—Por eso he elegido una excursión —le digo—. Para que él también pueda venir. Tengo más galletas para él en el coche.

Su cabeza se inclina cuando digo la palabra con G y ambos nos reímos.

Poco después, estamos conduciendo por una hermosa carretera de montaña, con las ventanillas bajadas, la música a todo volumen y la cabeza de Cutter asomando por la ventanilla. Sus orejas se agitan con el viento y parece muy feliz con la lengua fuera, la baba colgando de su labio negro en hilos. Lucy se ríe mientras le hace una foto y luego me hace una a mí.

Le sonrío, deseando con todas mis fuerzas que no fuera demasiado pronto en la cita para poner mi mano en su rodilla. Esto es tan perfecto. Es tan natural. Podría vernos haciendo esto para siempre.

Así sería si fuéramos pareja. Simplemente pasando el rato, disfrutando el uno del otro, disfrutando de cada momento, de todo lo que me rodea... Cada sensación y sentimiento intensificado gracias a ella. Lo deseo tanto. Más de lo que he deseado nada en mi vida.

Los llevo a una ruta de senderismo que solo los lugareños conocen. Compartimos casi todo con los turistas que vienen a nuestro pueblo, pero existe un pacto secreto tácito entre los lugareños para mantener esta ruta para nosotros. Tiene unas vistas impresionantes por el camino y un lugar perfecto junto a un río para almorzar. Siempre está tranquilo, lo cual me encanta.

Cutter salta de la camioneta, moviendo la cola como un loco mientras cojo nuestro almuerzo y lo meto en una mochila.

He hecho esta ruta cientos de veces, pero siento como si la viera por primera vez a través de los ojos de Lucy mientras empezamos. Está asombrada mientras caminamos bajo los altos abetos de Douglas y los pinos ponderosa. Les hace fotos a los coloridos pajaritos que revolotean entre las ramas y sonríe al mirar las fotos. Cutter se adelanta corriendo y luego regresa a toda prisa hacia nosotros cuando se aleja demasiado.

A este perro ya lo tengo comiendo de mi mano. Me mira como si fuera su mejor amigo perdido hace mucho tiempo. Me trae un palo, así que se lo quito de la boca y lo lanzo. Lucy sonríe mientras lo ve salir disparado tras él como un cohete.

—Me preocupaba que no le fueras a gustar —dice, sonriéndome.

—¿Es una prueba de novio? —le pregunto—. ¿Si tu perro no da el visto bueno, se acaba?

—¿Se acaba antes incluso de empezar? —pregunta ella con una ceja arqueada.

Inclino la cabeza, sonriéndole. —Oh, ya ha empezado.

Ella aparta la mirada, con esas adorables mejillas sonrojadas.

—Empezó cuando besé esos labios deliciosos.

—*Mmm* —dice, jugando conmigo—. No creo que lo recuerde. ¿Fue ayer?

La agarro del brazo y la hago girar. Jadea cuando la pego a mi cuerpo, donde pertenece.

—Quizás esto te refresque la memoria.

Se derrite contra mí mientras la beso profundamente, reclamando su boca como si fuera a quedármela para siempre.

Estoy listo para detener la excursión y pasar el resto del día besándome con esta belleza, pero Cutter tiene otras ideas. Salta sobre mí con ese maldito palo en la boca.

Esta vez lo lanzo aún más lejos, pero cuando me vuelvo para continuar, Lucy ya está caminando, con las mejillas de un rojo brillante.

—Entonces, ¿qué te hizo querer ser policía? —pregunta cuando la alcanzo.

Preferiría hablar más de nosotros, pero si tengo que esperar, esperaré. Después de todo, va a ser una cita larga. El tema de nosotros volverá a surgir. Me aseguraré de ello.

—Me gusta proteger a la gente —le digo.

—Dime por qué.

Suspiro mientras lo pienso. —Es por mi padre —digo finalmente —. Mi padre no era un hombre grande.

—¿En serio? —pregunta con una risita—. Eso es sorprendente.

—Heredé mi tamaño del lado de mi madre. Él solo me llegaba hasta aquí —digo, tocándome debajo del hombro—. Pero era sabio y poderoso a su manera. Su personalidad era lo suficientemente grande como para compensar su pequeña estatura. A medida que envejecía y me hacía más grande, no me daba cuenta de mi propia

fuerza. Hería a la gente sin querer. Solo con chocarme con ellos o agarrarlos accidentalmente con demasiada fuerza. Él me dijo que manejar mi tamaño y mi fuerza era una responsabilidad que no podía ignorar. Me dijo que mi poder era un don que se me había dado y que tenía que usarlo para proteger a la gente, no para hacerles daño. Me lo dijo la mañana que murió.

—Oh, no —dice Lucy, llevándose una mano a la boca—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —digo, respirando con dificultad—. Tenía diecinueve años cuando ocurrió. Lo atropelló un coche mientras caminaba por Main Street. Era un conductor novel. Acababa de sacarse el carnet esa semana. Fui a su casa para darle una paliza, pero estaba tan desolado por lo ocurrido... Se puso a sollozar cuando me vio y se desplomó en mis brazos. Solo podía oír las palabras de mi padre... Debo proteger a la gente, no herirla. Así que le di un abrazo al chaval y decidí unirme al cuerpo. Usar mi fuerza para el bien.

Nunca le he contado esa historia a nadie. Es desconcertante cómo puede hacer que me abra tan fácilmente, cómo quiero contárselo todo.

Desliza su mano en la mía mientras pasamos junto a una gran roca cubierta de musgo. —Tu padre estaría orgulloso de ti.

La miro y ella asiente.

—La forma en que manejaste a ese tipo anoche —dice con un escalofrío—. Estaba aterrorizada. No tenía ni idea de lo que me iba a hacer, y entonces tú... Saliste de la nada y me salvaste. Estoy segura de que tu padre te está mirando desde arriba, radiante de orgullo por haber honrado tu don.

Sigo caminando con ella a mi lado, temiendo que se me haga un nudo en la garganta si no cambio de tema. —¿Te van a encantar estos bocadillos que nos he comprado. ¿Has estado alguna vez en la panadería Warm Loaf?

—Casi todas las mañanas —dice, enganchando su brazo en el mío—. Tienen los rollos de canela más *increíbles*. No puedo resistirme.

—Yo soy más de cruasanes.

—Oh, a mí también me gustan los cruasanes —dice, riendo—. Me comería cualquier cosa que salga de esa panadería. La chica, Abby, se va a alegrar mucho por esto.

De repente se da la vuelta y sacude la cabeza como si no pudiera creer lo que se le acaba de escapar.

—¿Qué quieres decir?

—Nada —dice—. Olvídalo. Oye, mira esas flores silvestres.

No pico el anzuelo. —¿Qué quieres decir con que Abby se va a alegrar por esto?

Suspira mientras Cutter vuelve corriendo. Da vueltas a nuestro alrededor y luego vuelve a subir por el sendero.

—No para de querer buscarme una cita con alguien del pueblo —dice. Me tenso, sintiendo una oleada de energía posesiva recorrer mi cuerpo al pensar en mi chica saliendo con cualquier otro—. Lo siento. No debería adelantarme a los acontecimientos. Es solo una primera cita. Aunque...

No quiere decirlo.

—¿Qué? —pregunto suavemente, como si intentara atraer a un gatito.

—Anoche me llamaste *tu chica*.

Mierda. Tenía la adrenalina a tope. No pude contenerme. Solo me di cuenta después de que lo había dicho y quise morirme. Esperaba que ella no se hubiera dado cuenta.

—¿Demasiado pronto? —pregunto, con las mejillas ardiendo.

Niega con la cabeza mientras me sonríe. —No. Me ha gustado.

Nos detenemos, mirándonos a los ojos. Me inclino y la beso suavemente. No es un beso apasionado y de película. Es uno suave. Uno cariñoso. Un beso que dice que eres mía. Y que siempre lo serás.

Uno que dice, este será el primero de muchos...

Hacemos nuestro pícnic junto al río, sentados en una gran roca mientras Cutter chapotea en el agua, confundido y fascinado por

todos los peces.

—Nunca antes había estado en un río —dice, riendo mientras él salta hacia atrás y ladra cuando una gran trucha toro se acerca a curiosear. Huye a la orilla y luego vuelve a entrar tentativamente con la cabeza gacha y la cola meneándose.

—Es un perro estupendo. Creo que es maravilloso lo que hiciste por él.

Me mira con las cejas arqueadas. —¿Incluso si infringí la ley, señor policía?

—Las leyes no siempre son lo mejor —digo con un profundo suspiro—. A veces, si queremos justicia, tenemos que tomarla por nuestra mano.

—¿Como hiciste anoche?

Vuelvo a suspirar. —Sí.

No me importa lo que diga la ley, si esos tipos vuelven para meterse con mi chica, volverán a casa en una bolsa para cadáveres.

Devoramos nuestros bocadillos recién hechos, gimiendo de lo buenos que están. Abby y Trish, de la panadería, siempre hacen el pan más tierno. Es para morirse. Lucy suelta un pequeño gemido sexi cuando da un gran bocado y lucho por evitar que mi mente se pierda en pensamientos más sucios.

Por suerte, mi teléfono suena, distrayéndome.

Oh, mierda. Es el FBI.

—Puedes cogerlo —dice Lucy mientras me lo guardo de nuevo en el bolsillo—. No me importa.

—Lo siento, es solo...

Su cara se sonroja un poco y se aparta con un destello de decepción en el rostro cuando dejo de hablar. Oh, joder. No quiero que piense que es otra mujer. No hay nadie más. Nunca habrá nadie más.

—Es solo el FBI.

Gira la cabeza de golpe, mirándome en estado de shock. —¡Pues cógelo entonces!

Suspiro mientras pulso el botón y me levanto, alejándome un poco. —¿Diga?

—*Agente Rush* —dice la voz familiar al otro lado de la línea. Es el tipo que me reclutó y me hizo las dos primeras entrevistas antes de enviarme con los altos cargos—. *Le llamo con buenas noticias. ¡Están tan ansiosos por tenerle a bordo que han subido la oferta un quince por ciento!*

—Oh —digo, sintiéndome pesado de repente—. Qué bien.

—*Notaron su vacilación y querían eliminarla por completo. ¿Y bien? ¿Está listo para aceptar la generosa oferta y unirse al FBI?*

Miro a Lucy sentada junto al río y a Cutter chapoteando en el agua, con un aspecto tan tranquilo, y me doy cuenta de que aquí es donde quiero estar. Estas montañas son mi hogar. Esta mujer es mi futuro. Estar con esta increíble chica supera cualquier objetivo profesional que creía querer.

Solo la quiero a ella. Quiero tener hijos con ella y criarlos en las montañas Greene. Quiero protegerla a ella y proteger a mi pueblo.

Eso es lo que me ha estado faltando todos estos años. Este es el sentimiento que quería. Y ahora que lo tengo, sé que no necesito nada más.

—Voy a declinar respetuosamente —le digo—. Gracias por la maravillosa oferta, pero ya no es lo que quiero.

Farfulla, sonando sorprendido de que lo rechace. Probablemente tiene a cientos de policías desesperados por conseguir ese puesto.

—*Pero... señor Rush, es... ¡El FBI!*

Sé a lo que estoy diciendo que no. Pero al decir no al puesto, le estoy diciendo sí a Lucy.

—Gracias de nuevo —digo mientras vuelvo con mi chica—. Lo dejo.

Lucy me observa mientras cuelgo el teléfono y me lo guardo en el bolsillo. Miro a mi alrededor, a los preciosos árboles, al río centelleante y a las espectaculares montañas y respiro hondo el aire fresco de la montaña, sintiendo un alivio que inunda mi cuerpo. Me siento mejor que en mucho tiempo.

—¿Todo bien? —pregunta.

Sonrío mientras me siento y cojo mi delicioso bocadillo junto a mi deliciosa chica.

—Sí —digo, sonriéndole—. Todo es simplemente perfecto.

CAPÍTULO SIETE

Emmanuel

La radio suena a bajo volumen, pero no le estoy prestando atención. Toda mi concentración está puesta en Lucy.

Estoy aparcado en mi coche patrulla frente a su restaurante, observándola a través de la cristalera. Es increíble. Cada vez que sonríe y bromea con los clientes, me sorprendo a mí mismo sonriendo también.

Es un martes de primavera, así que es una noche tranquila para nosotros, los polis. No hay mucha acción por aquí en esta época del año..., ni en ninguna, la verdad. Antes me frustraba la pacífica tranquilidad de este pueblo, pero ahora lo veo de otra forma. Quiero que Lucy esté en un lugar seguro, y no hay nada más seguro que las montañas Greene.

Se me acelera el corazón cuando veo a Lucy pasar por delante de la cristalera con los brazos cargados de platos. Los deja en una mesa y luego se acerca a la cristalera, sonriéndome y saludándome con la mano.

Esa dulce e inocente sonrisa me destroza un poco más cada vez que la veo.

Este es mi lugar. Aquí es donde pertenezco. No me arrepiento de haber rechazado el puesto en el FBI. Proteger a ese ángel es mi

nueva misión en la vida.

Pasa una hora y mi coche patrulla no se ha movido ni un centímetro. Sé que Angelo vuelve en dos días, pero no pienso arriesgarme. No le voy a quitar los ojos de encima a esta chica ni un segundo hasta que me ocupe de él.

Estoy recostado en el asiento, con un brazo apoyado en el marco de la ventanilla, cuando sale disparada del restaurante como si el suelo se hubiera hundido bajo sus pies y yo fuera lo único sólido que queda.

Apago la radio y me incorporo mientras cruza la calle, con la coleta moviéndose de un lado para otro y una expresión de preocupación en el rostro. Llega a mi coche conteniendo las lágrimas. Siento una necesidad primitiva de proteger a mi chica desgarrando cada célula de mi cuerpo. Solo quiero mantenerla a salvo del mundo para siempre.

—¿Qué ha pasado? —pregunto cuando no le salen las palabras.

Respira hondo, con los ojos desorbitados y movimientos de pánico. —Ha llamado Sandra... ¡Se han llevado a Cutter!

Se me encoge el estómago.

—¿Qué?

—Ha sido Angelo —dice, ahora sí, con las lágrimas corriéndole por las mejillas—. Estaba escondido en el jardín de atrás y, cuando Sandra ha sacado a los perros, le ha disparado un dardo tranquilizante y se lo ha llevado.

La sangre se me convierte en fuego mientras ella solloza. Quiero salir del coche y abrazarla, hacer que todo su dolor desaparezca, pero no puedo. Tengo que moverme rápido si quiero tener alguna esperanza de recuperar a Cutter.

—Respira hondo —le digo—. Dime qué aspecto tiene.

Inspira hondo y consigue controlarse por el momento. Me clava la mirada, muy seria. Me encanta lo fuerte que es. Es tan impresionante.

—Lleva un tatuaje de un escorpión... aquí mismo —dice, señalándose el cuello—. Y probablemente conduzca un Escalade pintado con camuflaje militar. Es jodidamente ridículo.

—Vale —digo mientras arranco el coche.

—Irá dirección este —dice—. Seguramente por la autovía principal si vuelve a casa.

Aprieto los dientes mientras me abrocho el cinturón.

—Lo recuperaré —prometo con firmeza.

—Por favor, Emmanuel —dice, juntando las manos mientras se aleja de mi coche—. Es mi mejor amigo del mundo entero.

Está aterrorizada. La pobre está temblando.

—Puedes contar conmigo.

Es lo último que digo antes de encender las luces y la sirena, y salir a toda hostia hacia la autovía.

Voy a hacer que este cabrón malnacido pague por hacer llorar a mi chica. Se ha metido con el puto poli equivocado.

Cara y Henry están de servicio esta noche, pero no los llamo para pedir refuerzos. Este es un asunto mío.

No voy como el agente Rush.

Voy como su hombre.

Y no quiero *ningún* testigo.

Mi coche patrulla colea al tomar una curva a gran velocidad, con las sirenas resonando por el tranquilo pueblo de montaña. Ya voy a ciento treinta cuando llego a la rampa de la autovía.

Voy a alcanzar a ese cabrón aunque sea lo último que haga.

La oscura autovía se extiende ante mí, larga y vacía bajo la luz de la luna. Agarro el volante con fuerza y piso el acelerador. El motor ruge mientras salgo disparado.

—Voy a por ti, imbécil.

Lucy es un amor. No se merece esto.

Se merece paz. Se merece una vida en la que no tenga que mirar por encima del hombro cada cinco minutos. Se merece un hombre que prenda fuego al mundo antes de dejar que nadie le haga daño.

Seré ese hombre para ella. Seré su protector.

La mantendré a salvo del mundo para siempre.

CAPÍTULO OCHO

Lucy

¡Sandra! —grito al irrumpir por la puerta—. ¡Sandra!

Se acerca corriendo, con los ojos hinchados y llorosos. Hasta Rocky parece desolado mientras corre hacia mí con la cabeza gacha y el rabo entre las patas.

—Lo siento muchísimo —dice entre sollozos—. No sabía que estaba fuera.

La rodeo con mis brazos y lloro también, esperando que mi mejor amiga se encuentre bien.

—¿Has llamado a la policía? —pregunta, apartándose de mí.

—Emmanuel está en ello —digo, sintiendo una oleada de optimismo solo con pensar en la intensidad de su mirada cuando le he contado lo que ha pasado.

Si alguien puede recuperar a Cutter, es él.

CAPÍTULO NUEVE

Emmanuel

Aprieto el volante cuando veo a ese cabrón a ochocientos metros, con ese Escalade enorme y su vinilo de camuflaje a trozos, como si eso fuera a ocultárselo a mis ojos.

Llevo las luces apagadas. La sirena, en silencio.

No quiero darle el alto. Dudo que se detenga y lo último que quiero es una persecución a alta velocidad que ponga en peligro a Cutter.

Así que simplemente paso de largo con el pulso acelerado. Intento mirar dentro de su todoterreno, pero las lunas están demasiado tintadas. Si no lo estuvieran, apostaría a que vería una cara peluda familiar tumbada en el asiento trasero.

Mi coche avanza y vislumbro al hombre que me hace apretar la mandíbula. Angelo está fumando un cigarrillo con las ventanillas un poco bajadas. Entrecierro los ojos al ver el escorpión tatuado en su cuello.

—*Hijo de puta* —susurro mientras me arranco la placa del pecho y la dejo caer en el asiento del copiloto—. Se acabaron las reglas. Esto no tiene que ver con la ley. Es una cuestión de venganza—. Estás más que muerto.

Me lanza una mirada y chasquea la lengua. Aprieto los dientes y acelero.

Es hora de ver de qué es capaz este coche. Por suerte, afloja la marcha para que no le dé el alto, lo que me permite adelantarme a toda velocidad.

Le saco una milla o dos de ventaja —justo en el lugar perfecto, al lado de los acantilados— antes de dar un frenazo en el arcén y salir de un salto del coche con el corazón desbocado.

Mantengo la vista fija en la oscura y vacía carretera mientras corro hacia el maletero, saco la banda de clavos y me lanzo al asfalto.

He memorizado qué coches he adelantado después de ver a Angelo. Pasa un coche, luego otro.

Él es el siguiente.

Me agacho, con la respiración acompasada, las manos aferradas al metal mientras se acerca.

Más cerca…

Más cerca…

Lanzo las tiras a través de la carretera con un gruñido justo antes de que pasen sus faros. Pega un frenazo cuando las ve, pero es demasiado tarde. Va demasiado rápido. Saltan chispas cuando el Escalade de Angelo impacta contra ellas a toda velocidad. Su todoterreno da un volantazo. Los neumáticos chirrían y sisean.

Intenta acelerar, pero va sobre las llantas y pierde rápidamente el control, con chispas saltando por todas partes. Corro hacia allí mientras el todoterreno se estrella en el arcén, casi volcando antes de detenerse bruscamente.

Los faros iluminan la montaña cuando llego, respirando agitadamente y preocupado de que a Cutter le haya pasado algo. Significa mucho para Lucy y le prometí que lo llevaría a casa sano y salvo. Esa es una promesa que *necesito* cumplir.

Estoy a punto de abrir la puerta trasera para ver cómo está el perro cuando la puerta del conductor se abre de golpe y Angelo sale tambaleándose, aturdido y con sangre manando de un corte en la nariz. Tiene una mirada salvaje.

Y una pistola en la mano.

Me apunta y dispara.

La bala me silba junto a la cabeza.

No me inmuto. Simplemente me muevo.

Saco mi porra y se la estampo en la cara.

Gira sobre sí mismo y se tropieza contra su todoterreno, dejando caer la pistola con un gruñido. La cojo, la desmonto en dos segundos y lanzo las piezas por el acantilado al otro lado de la carretera.

—Madero de mierda —dice mientras me lanza un puñetazo.

Es demasiado lento. Demasiado débil.

Bloqueo su patético puñetazo con el antebrazo y le doy una bofetada.

—¿Has terminado? —pregunto.

Sonríe con la boca ensangrentada. —¿Sé quién eres.

—Estupendo.

—Eres el cabrón que le rompió la muñeca a Shady.

—Sí, y cuando acabe contigo, desearás que solo hubiera sido la muñeca. Estás a punto de descubrir lo creativo que puedo llegar a ser.

Miro hacia atrás a través de la puerta abierta y veo a Cutter tumbado en los asientos de cuero. Está grogui, pero no parece herido. Espero que esté bien.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta con una sonrisa sangrienta mientras lo agarro por el cuello de la camisa y lo estampo contra su todoterreno—. No volverá a estar a salvo nunca más. Me aseguraré de ello. No puedes protegerla para siempre. Vosotros, los putos maderos, no podéis hacer gran cosa.

Le clavo el antebrazo en el cuello. —Ahora mismo no soy policía.

—Me alegro —dice—. Yo tampoco.

Saca una navaja de la chaqueta y me la lanza.

Le agarro la muñeca y empiezo a darle puñetazos en la cara una y otra vez. Un coche pasa a toda velocidad, pero no se detiene. Mejor. No quiero testigos de lo que viene ahora.

Le retuerzo la muñeca hasta que grita y entonces le doy un cabezazo tan fuerte que ambos retrocedemos tambaleándonos.

Vuelve a atacar con la navaja, pero es un movimiento lento y telegrafiado. Lo esquivo y le doy un fuerte golpe en la nariz, seguido de un derechazo a la barbilla. Sus piernas flaquean mientras su espalda se estrella contra el todoterreno, cuyo motor sigue rugiendo.

—¡*Aaaah!* —grita frustrado mientras la sangre le brota de la nariz —. ¡Voy a matar a esa zorra!

Agita la navaja como un loco y resbala en el suelo. Ni siquiera tengo que moverme.

—¡Nadie me roba! —grita—. ¡Ese perro era de *mi* propiedad! ¡Voy a desangrarla!

La rabia recorre mi cuerpo mientras lo veo blandir la navaja de nuevo. Un sentimiento violento y primario se apodera de mí: la parte cavernícola de mi ser que quiere mantener a mi chica a salvo a toda costa.

—Voy a matarte —sisea mientras agita la navaja como un loco—. Luego le cortaré el cuello a ese perro, y después encontraré a esa zorra y le haré lo mismo.

Ya he oído suficiente.

Me abalanzo sobre él y le doy tres puñetazos secos: dos en la cara y uno en el estómago. Se derrumba como un saco de ladrillos, dejando caer la navaja.

—No vas a tocarla —gruño mientras le agarro un puñado de pelo y lo pongo en pie—. Es *mía*.

Le doy un último puñetazo en la cabeza y lo lanzo al interior del todoterreno, detrás del volante. Se desploma hacia delante, inconsciente. Oigo su respiración áspera y nauseabunda mientras cojo el cinturón de seguridad y lo uso para atarle las muñecas al volante.

Respiro agitadamente mientras abro la puerta trasera con las manos ensangrentadas y miro a Cutter. Está completamente inconsciente, pero respira. El tranquilizante no tardará en perder efecto y es hora de llevarlo a casa.

Deslizo suavemente las manos bajo su cuerpo y lo levanto, estabilizando con cuidado su cabeza inerte.

—No pasa nada, amigo —susurro mientras lo llevo a mi coche—. Todo acabará pronto. Nuestra chica te está esperando y te hartarás

de que te rasquen la barriga.

Lo deslizo en el asiento trasero de mi coche patrulla, cierro la puerta y abro el maletero con la determinación martilleándome en el pecho.

Cojo una bengala de emergencia mientras fulmino con la mirada el Escalade de costado.

Esto se acaba ahora.

No dudo ni un segundo mientras vuelvo hacia allí, cruzando la oscura y vacía carretera. Quito el tapón del depósito de gasolina del Escalade, pongo el vehículo en punto muerto y le deseo a Angelo un buen viaje al infierno.

Mis músculos se tensan y flexionan mientras empujo el todoterreno hacia atrás con todas mis fuerzas. Sacarlo del arcén me cuesta hasta la última gota de energía, pero consigo moverlo. Después de eso, hacerlo rodar por el asfalto es fácil.

Se detiene al borde del acantilado.

Respiro hondo un par de veces mientras le echo un último vistazo. Abre los ojos y su cabeza se ladea. Se espabila cuando se da cuenta de lo que va a pasar.

—No volverás a tocarla nunca más —digo mientras enciendo la bengala roja.

Forcejea contra el cinturón que le sujeta las muñecas y empieza a gritar. —¡Tengo dinero! ¡Te haré rico!

—Tengo todo lo que necesito —digo mientras me dirijo a la parte de atrás—. La tengo a ella.

Meto la bengala en el depósito de gasolina y luego empujo el todoterreno con todas mis fuerzas, gruñendo y esforzándome mientras coge velocidad. Los neumáticos crujen sobre la grava. Los gritos de Angelo resuenan en el silencio de las montañas.

El peso desaparece de mis manos cuando la gravedad toma el control y el todoterreno cae por el acantilado, desvaneciéndose en la noche.

Hay unos segundos de silencio antes de un estrépito y una explosión atronadora que ilumina el cielo de naranja y rojo.

Me quedo ahí, sin aliento, con el pecho subiendo y bajando, mientras el cielo anaranjado vuelve a ser negro.

Se ha acabado.

Y no siento nada más que paz.

Porque lo volvería a hacer.

En un abrir y cerrar de ojos.

Por ella, no hay límite que no vaya a cruzar. Ninguna ley que no vaya a infringir. Ningún hombre al que no vaya a matar.

Ella es lo único que importa.

CAPÍTULO DIEZ

Lucy

Estoy sentada en el porche, mordiéndome las uñas, cuando Emmanuel regresa. Me levanto de un salto y corro hacia su coche, deseando desesperadamente ver que está bien, y de verdad espero ver en el asiento trasero esa adorable cara peluda que tanto adoro.

Emmanuel parece estar bien, pero no veo a Cutter. El asiento trasero parece vacío.

Se me encoge el estómago. Se me rompe el corazón.

No ha encontrado a mi perro...

El motor se apaga y la puerta se abre. Emmanuel sale, imponente y letal. Está cubierto de sangre, pero no parece estar herido por la facilidad con la que se mueve.

—Lo he encontrado —dice mientras abre la puerta trasera.

Caigo al suelo, sollozando de alivio y gratitud.

Parece un sueño mientras Emmanuel se acerca con Cutter en sus grandes y fuertes brazos.

—Gracias —digo entre sollozos mientras se arrodilla frente a mí y me presenta a mi perro—. Muchas gracias.

Cutter levanta la cabeza con debilidad y me mira con ojos cansados. Lo acaricio y me lame la muñeca.

—Se le está pasando el efecto de los tranquilizantes —dice Emmanuel en voz baja—. Debería volver a la normalidad después de una buena noche de sueño.

—Vamos a meterlo dentro.

Lo sigo adentro, maravillada por la ancha espalda de Emmanuel y la facilidad con la que lleva a mi enorme perro. Es tan delicado al dejar a Cutter en su cama redonda del salón.

Juro que me enamoro aún más de este hombre cuando se inclina y le da un suave beso en la cara a Cutter. Sus manos podrían aplastar a cualquiera, las he *visto* hacerlo. Gruesas, callosas y peligrosas. Es puro músculo y violencia cuando tiene que serlo, pero ¿conmigo y con Cutter? Es pura delicadeza. Sé que nunca nos haría daño y eso es lo más sexi de él.

Se echa hacia atrás y yo tomo el relevo, besando a mi perro y susurrándole que todo va a ir bien. Los ojos de Cutter se cierran y se queda dormido; el tranquilizante sigue fluyendo por su torrente sanguíneo y lo deja KO para pasar la noche.

—¿Qué ha pasado? —susurro cuando vamos a la cocina, dejando que Cutter descanse.

Le sirvo un vaso de agua y Emmanuel se lo bebe entero de un trago. —Probablemente sea mejor que no sepas los detalles.

Echo un vistazo a las manchas de sangre de su camisa y a sus nudillos heridos. No le veo ninguna herida, lo que significa que probablemente toda la sangre sea de Angelo.

—¿Lo has detenido?

Niega con la cabeza mientras esos ojos ardientes se clavan en mí. —No. Los dos sabemos que mañana habría salido y lo habría vuelto a intentar. No podía arriesgarme.

Trago saliva, queriendo saber, pero al mismo tiempo no queriendo saber.

—¿Está...?

—Me he encargado de él —dice con voz grave y profunda—. Te lo dije. Nunca voy a dejar que nadie te haga daño, Lucy. Haré lo que sea necesario para mantenerte a salvo.

Pero necesito saberlo con certeza. Nunca podré relajarme si sé que Angelo anda por ahí, conspirando y tramando.

—¿Lo has matado?

Respira hondo mientras me observa con esos sexis ojos ardientes. —Sí.

Las lágrimas inundan mis ojos mientras le devuelvo la mirada. Nadie ha hecho nunca algo así por mí. Nadie ha arriesgado así su persona y su libertad.

Lo da todo por mí.

Está ahí de pie, con sangre en la camisa, los nudillos destrozados, los ojos ardiendo como ascuas, y lo único que puedo pensar es: *Dios, lo decía en serio*. Cuando dijo que haría lo que fuera para protegerme. Cuando dijo que yo era suya.

Lo *decía en serio*.

Respiro de forma entrecortada y me acerco más, mis dedos rozando el dorso de su mano. Sigue cálido. Sigue tenso. Sigue observándome como si fuera a desmoronarme ahora que sé lo que ha hecho.

Pero no lo hago.

En lugar de eso, lo miro a través de las lágrimas y susurro: —¿De verdad harías cualquier cosa por mí, verdad?

Su voz es áspera cuando responde. —Cualquier cosa.

Algo dentro de mí se hace añicos. No por miedo. No por la conmoción. Sino por el peso de lo que significa que te *amen* así. Es el tipo de amor sobre el que la gente escribe canciones. El tipo de amor del que se hacen las películas. El que es al rojo vivo y lo consume todo.

Le cojo la cara y la acuno con delicadeza, pasando los pulgares por su barba. —Gracias —susurro, aunque no sea suficiente. Nunca será suficiente después de lo que ha hecho.

Me estrecha entre sus brazos y me derrito contra su pecho, inspirando su aroma: sangre, sudor, humo y todo lo que nunca supe que necesitaba.

—Te quiero —dice, en voz baja y áspera, contra mi pelo.

Me duele el corazón.

—Yo también te quiero —susurro—. Muchísimo.

Puede que yo no sea capaz de dar caza a criminales y luchar contra los peligros, pero puedo amarlo feroz e incondicionalmente

por el resto de mis días. Y quizás *eso* sea suficiente.

Lo miro y él me besa con fuerza, como si no pudiera contenerse más. Deslizo las palmas por su poderoso pecho, saboreándolo mientras su mano se desliza por mi pelo, inclinando mi cabeza hacia atrás para que pueda besarme más profundamente. Su boca *devora* la mía: hambrienta, ruda y apenas contenida.

Cuando por fin se aparta, me arrodillo lentamente. Su pecho sube y baja mientras me observa con una mirada hambrienta. —*Lucy*... —gruñe, con voz oscura y tensa, mientras le agarro el cinturón—. No tienes que hacer eso.

—Quiero hacerlo —susurro con voz temblorosa. No tiemblo de miedo, sino de *necesidad*. Nunca he hecho esto antes, pero tampoco he *deseado* a nadie tan desesperadamente. Quiero darle las gracias por salvarme. Quiero hacerle sentir tan bien como él me ha hecho sentir a mí. Quiero complacerlo. Quiero *saborearlo* y sentir su polla larga y dura en mi boca.

Sus ojos se encienden, ardientes y salvajes, mientras le quito el cinturón. —Joder, chica. Me estás matando.

Caigo de rodillas ahí mismo, sobre las baldosas de la cocina, mis dedos temblando mientras le bajo la cremallera. Me observa, con la mandíbula apretada, las manos cerradas a los costados como si intentara no tocarme, como si un movimiento en falso le hiciera perder el poco control al que se aferra.

Le bajo los pantalones hasta los tobillos, conteniendo una fuerte inspiración al ver lo grande y duro que está. Su enorme erección sobresale por detrás de esos calzoncillos bóxer grises y por un segundo me pregunto cómo va a caber ese monstruo dentro de mí.

—*Joder* —respiro mientras la contemplo con asombro.

Es *enorme*.

Debería haberlo sabido, ya que el resto de él es gigantesco, pero aunque tuviera mis sospechas, sigue siendo impactante verlo en persona.

Se me hace la boca agua y se me corta la respiración mientras le bajo los bóxeres por sus musculosos muslos. Su erección se engancha en la tela por un segundo y luego sale disparada delante de mi cara: larga, dura y goteando líquido preseminal.

Me quedo paralizada un segundo, simplemente mirándola, admirándola mientras palpita frente a mí. No me mete prisa. Se limita a observar con esos oscuros ojos hambrientos, respirando con dificultad y dejándome tomar mi tiempo.

—No tienes ni idea de lo que me estás haciendo ahora mismo —gruñe—. Nunca he estado tan cachondo en mi vida.

Le rodeo la polla lentamente con los dedos y todo su cuerpo se tensa. Una nueva gota de líquido preseminal se forma en la punta, y me inclino hacia delante, lamiéndola suavemente.

Suelta un sonido agudo y gutural mientras me lo trago. —*Mmmmmmm*.

Paseo la lengua alrededor de su gran y hinchado glande antes de metérmelo en la boca, gimiendo mientras me estira la mandíbula.

Es tan *grande*. Ya me *duele* la mandíbula.

—Joder... —gruñe, agarrando con una mano la encimera detrás de él mientras hunde la otra en mi pelo—. Esa boca es celestial.

Le agarro la gruesa base y empiezo a mover mis labios apretados arriba y abajo por su miembro.

—*Sí* —gruñe mientras se quita la camisa y la tira al suelo. Deslizo mi mano por sus duros abdominales y se flexionan bajo mi palma. Es jodidamente sexi.

Le cojo sus grandes y masculinos huevos mientras saco su polla de mi boca y empiezo a arrastrar mi lengua por la parte inferior de su miembro. Juro que es más largo que mi cabeza y tan grueso como mi muñeca.

—Vuelve a metérmela —ruega, cerrando los ojos mientras le aprieto la gruesa base—. Quiero sentir tus jugosos labios envueltos en ella.

Vuelvo a metérsela, chupándosela más fuerte y más rápido. Gime tan profundo que vibra a través de mi pecho.

—Joder, Lucy. Eres tan buena... *demasiado* buena...

Su cabeza cae hacia atrás mientras añado mi mano a la mezcla, masturbando su gran polla mientras se la chupo.

—No tienes ni idea de lo que esa boca me está haciendo —gruñe —. Si sigues así, me voy a correr, nena.

La idea de ser yo quien le haga perder el control me envalentona. Me vuelve loca. Me la meto más adentro, forzándome, introduciéndola más allá del dolor, mis manos acariciando lo que no puedo meter en mi boca mientras chupo más fuerte y más rápido.

Se me aguan los ojos y se me acalambra la mano, pero no paro. Sigo, desesperada por hacerlo correrse.

—Esa es mi chica buena —jadea mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas—. No pares...

Le agarro sus grandes y musculosos muslos y empiezo a balancearme hacia delante y hacia atrás, usando solo mi boca para darle placer. La mirada erótica en sus ojos es tan oscura y sexi mientras me observa cubrir su polla con mi saliva. Noto que está cerca... Las inspiraciones bruscas... La forma en que se agarra a la encimera... La forma en que sus abdominales no dejan de contraerse...

De repente, me agarra la cabeza y mantiene su gran polla dentro de mí mientras se corre con fuerza.

—Joder —ruge, echando la cabeza hacia atrás y maldiciendo sin parar mientras mantiene su palpitante polla en mi boca. Mi coño mojado se contrae con fuerza mientras chorros calientes y espesos de semen llenan mi boca y se deslizan por mi ansiosa garganta.

—*Mmmmm* —gimo mientras recibo con avidez cada gota de él.

—Buena chica —susurra mientras me retiro lentamente, arrastrando mis labios apretados a lo largo de su miembro—. Eres jodidamente increíble.

Se la saco con un *pop*, pero sigo masturbando su gran polla mientras me limpio los labios mojados y lo miro. Su polla no se ablanda y la mirada en sus ojos se vuelve aún más intensa.

Mi corazón late con fuerza cuando su mirada se vuelve *voraz*. Me duele el coño sabiendo que está a punto de recibir el viaje de su vida.

—Ven aquí —dice, levantándome como si estuviera a punto de devorarme.

Trago saliva mientras me pongo en pie con las piernas temblorosas, mi coño en llamas.

Me coge por debajo de los brazos y me levanta sin esfuerzo sobre la encimera, colocándose entre mis piernas mientras me apoyo en el borde, con el corazón latiendo descontroladamente. Tengo que abrir las piernas todo lo que puedo solo para que su gran cuerpo quepa entre mis muslos.

Sus manos van directas al botón de mis vaqueros mientras sus oscuros ojos se detienen en mi boca. —Estos —gruñe, su voz impaciente y espesa por la necesidad—, me estorban.

Apenas puedo respirar mientras desabrocha el botón y baja la cremallera. Se hace a un lado para que pueda juntar las piernas y bajarme los vaqueros. Una vez que están por debajo de mi culo, me los arranca como un cavernícola y los lanza al otro lado de la habitación. Me encanta cómo intenta mantener el control por mí, pero lo está haciendo fatal. Es tan excitante saber que apenas se contiene. Saber que soy yo la que le provoca eso. Soy yo la que lo pone duro. Soy yo la que lo vuelve loco.

Se lame los labios mientras mira mis bragas empapadas. No puedo evitar gemir.

Estoy empapada, y él lo sabe.

—Mira qué húmeda y jugosa estás —dice, arrodillándose—. Y todavía no te he tocado.

Gimo cuando sus grandes manos me agarran los muslos y me acerca al borde de la encimera.

Trago saliva, conteniendo la respiración. —¿Qué vas a...?

—*Shhh* —susurra, con los ojos ardientes mientras engancha los dedos en mis bragas—. Voy a enseñarte lo que significa ser mía.

Y entonces, *lentamente*, me las baja, dejándome desnuda ante el aire fresco y su ardiente mirada, y juro que se me olvida cómo respirar.

CAPÍTULO ONCE

Emmanuel

Está reluciente. Rosada, perfecta y tan jodidamente húmeda para mí que podría correrme solo con verla. Acabo de descargarme —mi corrida caliente todavía le cubre la garganta—, pero estoy listo para repetir. Es así de jodidamente despampanante.

Me duele la polla mientras le miro el coño desnudo. No puedo apartar los ojos. Estoy hipnotizado.

Debe de sentirse demasiado expuesta porque hace un gesto para cerrar las piernas. Le agarro las rodillas y se las mantengo abiertas, mirándole el coño como un hombre que acaba de encontrar la fe. Acabo de encontrar algo que adorar. He encontrado el paraíso.

—Joder, tía… —Mi voz es áspera, llena de reverencia—. Eres tan jodidamente guapa.

Inspira con una pequeña bocanada de aire mientras le subo la mano por el interior del muslo.

—*Oh* —gimotea, cerrando los ojos y echándose hacia atrás mientras le paso suavemente el pulgar por los pliegues húmedos. Le aparto un labio, maravillándome del sexi tono rosado que esconde.

—Yo… yo… nunca he hecho esto antes.

Mis ojos se clavan en los suyos. Tiene una expresión tímida en la cara y, si es posible, me enamoro todavía más.

—¿Eres virgen?

Asiente.

Esperaba ser el primer hombre en verla así, pero no quería preguntar. No quería tener que buscar a un cabrón en mi ordenador de la policía, encontrar su dirección y debatir si ir a buscarlo o no y hacerle pagar por llevarse lo que me pertenece.

—¿Has esperado? —susurro mientras me levanto, ahuecando su mandíbula con mi gran mano.

Traga saliva con dificultad y asiente.

Le beso la boca, con la polla más dura que nunca.

—Yo también he esperado —le digo en voz baja, dejando que mi aliento caliente bañe sus labios entreabiertos—. Nunca me pareció correcto hasta que te conocí. Nunca he deseado a nadie como te deseo a ti.

—¿Cuánto me deseas? —susurra, sin apartar la vista de mi boca.

Le ahueco el coño caliente y húmedo y ella se estremece por completo con un gemido.

—Te lo voy a demostrar —digo mientras arrastro mis labios por los suyos de camino a ponerme de rodillas otra vez.

Le cojo las piernas con dos agarres firmes y se las abro lentamente hasta que ese precioso coño virgen queda de nuevo a la vista.

Saber que no la han tocado… Saber que soy el primer hombre que la ve así, expuesta y vulnerable… cambia algo en mí. Hace que me desespere por hacer que se corra. Hace que quiera demostrarle por qué esperar fue lo mejor que pudo haber hecho.

Se me hace la boca agua mientras le paso las piernas por encima de los hombros, presiono la boca contra su calor húmedo y la saboreo por primera vez.

Joooooder… Este coño es increíble. Es pura gloria.

Una vez que mi boca está sobre ella, no hay posibilidad de ir despacio. No puedo ser delicado. No así. No ahora mismo. La *devoro*, deslizando mi lengua en su estrecho agujero, lamiéndole los pliegues, chupándole el clítoris.

Gimotea y gime mientras se aferra a la encimera, con la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos, los ojos apretados. Me

cubro la barba con sus jugos mientras ella mueve las caderas, presionando su calor húmedo contra mi boca hambrienta.

Saboreo cada lametón, queriendo *más* y *más*. No me canso.

Aplano la lengua y la arrastro hacia arriba por su hendidura caliente y sabrosa, lenta y firme, antes de rodearle el clítoris con la punta hasta que jadea mi nombre. Ese sonido —*«Emmanuel»*— con esa voz entrecortada, deshecha… Despierta algo primario dentro de mí. Algo que nunca dejará marchar a esta chica.

Gimo contra su clítoris palpitante y ella empieza a retorcerse contra mí, agarrando puñados de mi pelo, con las piernas temblando sobre mis hombros. Le doy un toque al clítoris con la lengua y ella grita, desesperada y descontrolada. Noto que está cerca…

—Eso es, nena —gruño—. Dámelo. Déjame saborear cada gota. Desfallece para tu hombre.

Le meto dos dedos en su agujero virgen, lenta y profundamente, y se contrae a mi alrededor con tanta fuerza que el corazón se me para por un segundo.

—*Oh, Emmanuel* —gime mientras entierro mis dedos hasta los nudillos—. *Oh, Dios*.

Vuelvo a poner mi boca sobre ella, chupándole el coño hasta que se corre. Su cuerpo se arquea y grita, el coño apretando mis dedos mientras se corre *fuerte*. Casi me arranca un mechón de pelo mientras se sacude en la encimera, con las piernas temblando, el coño *apretando* y *palpitando*.

Mantengo mi boca sobre ella mientras su orgasmo le inunda las venas, convirtiendo cada centímetro de su cuerpo en un remanso de felicidad. Espero a que deje de jadear y de temblar como una loca para apartar la boca. Su sabor aún perdura en mi lengua, dulce y adictivo. Ya estoy enganchado. Tendré que probar su miel al menos una vez al día a partir de ahora. No podré contenerme.

Le doy un último beso en el clítoris hinchado y sensible antes de retirarme y mirarla.

Está *destrozada*.

Con los ojos vidriosos. Las mejillas sonrojadas. Los labios entreabiertos mientras jadea para recuperar el aliento, todavía temblando por las réplicas. El pelo es un desastre, pero la hace

parecer jodidamente sexi. Está preciosa así, completamente deshecha, con el cuerpo flojo, el rostro aturdido como si acabara de darle el mejor colocón de su vida. Ya no hay timidez ni vacilación. Tiene las piernas abiertas, el coño húmedo completamente expuesto, y no parece importarle en absoluto.

Me levanto lentamente, limpiándome la boca con el dorso de la mano, con el pecho agitado. —¿Qué tal te ha sentado eso, nena? —susurro, con la voz áspera por la contención y la pura y jodida admiración.

Me mira parpadeando, aturdida. Su cabeza se ladea ligeramente y me regala la más tenue y ensoñadora de las sonrisas.

—No me siento las piernas —susurra.

Sonrío y me inclino, rozando mi nariz contra la suya. —Eso es buena señal.

Se ríe, suave y sin aliento, y el corazón se me encoge en el pecho.

Deslizo mis brazos por debajo de sus muslos y su espalda, levantándola suavemente de la encimera como si no pesara nada. Se funde en mí, con la cabeza apoyada en mi hombro, su piel desnuda presionada contra mi pecho.

—Te tengo —susurro, sujetándola con fuerza, emocionado por quitarle esa camiseta y ese sujetador. No quiero nada entre nosotros.

Miro a Cutter mientras la llevo por el pasillo. Sigue frito, lo que ahora no me importa. No quiero que nos interrumpa.

La suave respiración de Lucy me calienta el cuello mientras busco su dormitorio. Veo su despacho y luego encuentro su habitación, abriendo la puerta con el pie. La lámpara está encendida, la luz es tenue y romántica. Es perfecto.

La acuesto suavemente en la cama, bajando su cabeza sobre una almohada, observándola como si no pudiera creer que es real. Todavía no estoy convencido de que esto no sea un sueño. Tal vez sea producto de mi imaginación. Sea lo que sea, voy a disfrutarlo mientras dure.

Mi polla sigue dura y dolorida, pero no tengo prisa.

No es necesario. Tenemos toda la noche. Tenemos toda la vida.

Abre los ojos mientras le cojo la camiseta y se la quito con cuidado. Levanta los brazos y se la paso por la cabeza. Se me olvida respirar cuando veo sus pechos asomando por su sujetador de encaje blanco.

Sonríe, cansada, mientras le desabrocho los corchetes por detrás. Se lo quito lentamente, maravillándome con cada movimiento que hacen sus pechos al bambolearse. Justo cuando pienso que esta chica no puede ser más perfecta…

Abre los ojos y me observa mientras la desnudo por primera vez, dejando caer su sujetador al suelo.

Mis ojos se deleitan con la magnífica vista. Sus pechos caen, suaves y llenos y jodidamente irresistibles. Son las curvas más bonitas que he visto en mi vida. Sus pezones ya están duros, de un intenso color rosa que hace que mi polla se contraiga de deseo.

Inspiro hondo, echándome un poco para atrás, simplemente mirando. Observando cómo sube y baja su pecho con cada respiración profunda, cómo sus pechos rebotan ligeramente con el movimiento. Es tan erótico y real.

—Joder, Lucy —murmuro, con la voz pastosa—. Me tienes alucinado.

Se muerde el labio, un poco tímida, pero sus ojos son cálidos y confiados. Sabe que la estoy mirando como si nunca hubiera visto nada más hermoso… y tiene razón.

Me inclino y rozo mis labios sobre la curva de un pecho antes de arrastrar mi lengua hasta su pezón. Se estremece bajo mí cuando me lo llevo a la boca y deslizo la lengua sobre él, gimiendo ante la increíble sensación.

Le ahueco ambas tetas a la vez, masajeando y amasando mientras le chupo un pezón antes de pasar al otro.

Su manita traviesa encuentra mi polla y empieza a masturbarme mientras yo disfruto de cada centímetro de su pecho.

—Emmanuel —susurra mientras pasa su mano arriba y abajo por mi miembro dolorido—. Quiero sentirte dentro de mí.

La miro fijamente a los ojos vidriosos, todavía en shock porque esto sea la vida real. ¿Cómo puede ser tan bueno? ¿Qué he hecho para merecer esto?

—Ponte encima de mí. —Me agarra de los brazos y tira de mí hacia ella.

Me subo entre sus piernas abiertas, soportando mi peso para no aplastarla. Vuelve a coger mi polla y la acerca a su coño virgen.

Ambos gemimos cuando mi gran glande toca su entrada húmeda y cálida. Añado algo de presión, empujando mis caderas hacia delante hasta que me deslizo en su calor. Jadea y me clava las uñas en los brazos mientras me introduzco centímetro a centímetro, tomándole la virginidad para siempre.

Ahora es mía. Es toda jodidamente mía.

Intento ir despacio, pero no puedo evitar deslizarme hasta que la base de mi polla golpea su clítoris. Su cuerpo se tensa bajo el mío y empieza a respirar de forma entrecortada y rápida mientras intenta acostumbrarse a mi tamaño. Soy un hombre grande y ella es más bien pequeña. Espero no estar haciéndole daño, pero al mismo tiempo, no estoy seguro de poder salir si lo intentara.

Su coño está apretado a mi alrededor, estrujando mi miembro mientras me mantengo dentro de ella. No puedo respirar. No puedo pensar. Solo puedo concentrarme en la dulce estrechez. El placer inflexible. La indescriptible sensación de estar dentro de mi chica.

—Oh, Emmanuel —gime, retorciéndose bajo mí con la cara contraída de dolor—. Eres tan grande. Eres tan grande.

Le beso la cara sudorosa mientras empiezo a balancear lentamente las caderas, tratando de facilitar que su coño se relaje. Bajo la mano y empiezo a frotarle el clítoris para ayudar a que se abra y funciona un poco, pero sigue increíblemente apretada.

Mi parte primitiva quiere embestirla con fuerza, tomarla de la forma en que *yo* necesito. Pero lucho contra ese intenso impulso y cuido de mi chica de la forma en que *ella* necesita. Le beso la cara y el cuello mientras balanceo suavemente mis caderas, dándole todo el tiempo que necesita para sentirse cómoda.

Se aferra a mis brazos mientras me sostengo sobre ella, con la polla alojada en lo profundo de su calor.

—Estoy bien —susurra, aunque su cuerpo todavía tiembla bajo el mío—. Eres grande, pero puedo con ello.

Le beso los pechos mientras salgo lentamente, centímetro a centímetro, suave y apretado. Justo antes de que mi polla se deslice fuera, vuelvo a embestir su coño virgen un poco más fuerte de lo que había planeado. Ella grita. Yo gruño. Ambos nos aferramos el uno al otro mientras nos acostumbramos a todo de nuevo. Estoy apretando los dientes por su estrechez. Ella me clava las uñas en los tríceps por mi grueso tamaño.

—Qué bien te siento —gimo, observando cómo me acoge por completo mientras empiezo a embestir lentamente hacia dentro y hacia fuera. Esta es la vista más impresionante que he visto nunca: mi chica desnuda bajo mí, aceptando todo lo que le doy. No tengo ninguna duda de que es mía. De que estábamos hechos el uno para el otro.

Miro mi polla y gimo al verla cubierta de su crema virgen. La sexi imagen amenaza con desbaratar el último hilo de control al que me aferro.

—Nunca he sentido nada como esto —susurra, observándome con esos ojos vidriosos llenos de excitación y lujuria.

—Ni yo tampoco —susurro antes de besarla. Le meto la lengua en la boca mientras empiezo a follársela con más fuerza, empujando con embestidas más profundas y fuertes.

Su cuerpo se arquea contra el mío como si intentara recibir aún más. Me encanta la sensación de sus pechos suaves presionando mi pecho, esos pequeños pezones duros rozando mi piel. Deslizo mi brazo por debajo de ella y la sujeto contra mí mientras acelero el ritmo, martilleando mi polla en su coñito apretado.

Ella lo aguanta todo, gimiendo, gimoteando y suplicándome que no pare.

Gruño y entierro la cara en su cuello, embistiendo con más fuerza ahora, nuestros cuerpos encerrados en un ritmo que parece instintivo. Ella gimotea debajo de mí, clavándome las uñas en la espalda, gimiendo mi nombre como una oración.

—Eres mía, Lucy. Cada centímetro de ti.

—Lo sé —gime, con la voz temblorosa—. Siempre he sido tuya.

La beso con fuerza y posesividad, desesperado mientras me muevo dentro de ella como si intentara reclamar cada parte de su

alma. Y tal vez lo esté haciendo.

Porque sé que nadie la amará jamás como yo.

Nadie la tocará jamás así.

Es mía. Toda jodidamente mía.

Esos gimoteos y gemidos se convierten en gritos y jadeos cuando empieza a correrse. La sujeto con más fuerza y me la follo más duro, queriendo sentir cómo se deshace sobre mi polla.

—Sí —gruño, acelerando el ritmo—. Córrete en mí. Córrete en tu hombre.

—*Oh, Emmanuel* —grita, chillando en mi oído mientras le llega el orgasmo. La atraviesa, caliente y rápido, sacudiendo su cuerpo mientras su coño se contrae y palpita en mi polla dura.

Sigo embistiendo sin descanso, sin darle tregua mientras se corre con fuerza, su inocente coñito ya no tan inocente.

Se aferra a mí, temblando y jadeando, sus labios rozando con besos mi cuello, mi pecho, dondequiera que pueda alcanzar. Todavía estoy enterrado en lo profundo de ella, apenas conteniéndome, cada músculo tenso y firme.

Pero quiero más.

Necesito más.

Necesito *cubrir* a esta chica. Quiero preñarla. Quiero llenarla con mi semilla.

—Date la vuelta —gruño, mi voz áspera por la necesidad—. A cuatro patas.

Gime ante mi intensidad y luego se mueve debajo de mí hasta que se pone a cuatro patas. Su cuerpo está sonrojado y reluciente, su espalda arqueada, su pelo salvaje y fuera de control, justo como me gusta. Cuando me mira por encima del hombro —con las mejillas sonrosadas, los labios entreabiertos, los ojos llenos de excitación— casi pierdo el control.

Su culo es la perfección: redondo, suave y hecho para que yo lo reclame. Sus pliegues lubricados brillan, hinchados y abiertos, cubiertos de su crema, rogándome que me hunda de nuevo en ella.

—Joder, ángel —gruño, agarrándole las caderas mientras me alineo de nuevo—. Mírate. Estás tan jodidamente preciosa así. Nunca olvidaré esta vista impresionante.

Gime profundamente mientras me deslizo en ella de una sola embestida lenta y gruesa, hundiéndome en lo profundo de su coño apretado y cálido. Se arquea, empujando hacia atrás contra mí, y mis manos se aprietan en su cintura mientras empiezo a moverme.

El ángulo es más profundo así. Más caliente.

Noto que le estoy dando en el punto G porque no para de gritar cada vez que embisto, temblando por la intensidad.

Deslizo mi mano por su espalda arqueada, sintiéndola temblar bajo mí, y le agarro un puñado de pelo. Tiro de ella hacia atrás mientras empujo hacia delante, atrayéndola hacia mi polla con cada bombeo duro de mis caderas.

Es tan sexi la forma en que reacciona: sus pequeños jadeos, sus gemidos lascivos, cómo hace que ese culo redondo se mueva. No voy a durar mucho con esta preciosidad.

—Este coño es mío ahora —gruño, mi voz espesa por el hambre posesiva—. ¿Entendido?

—*Sí* —gimotea, con la cabeza gacha, su aliento entrecortado—. *Tuyo*.

Le suelto el pelo y le agarro las caderas con tanta fuerza que dejo marcas rojas donde mis dedos la sujetan, pero no se queja. Parece que la excita aún más.

Los pensamientos de preñarla llenan mi mente mientras embisto con fuerza y rapidez, llenando cada centímetro apretado de su coño con mi gran polla. La quiero. En todos los sentidos.

Su cuerpo se sincroniza con el mío: salvaje, hambriento y encerrado en el ritmo. Presiona sus caderas hacia atrás, empujando contra cada embestida que le doy.

—Estoy a punto —digo con los dientes apretados, con la voz áspera y baja. El calor, la humedad, el apretado agarre… Es demasiado.

Sus gemidos se hacen más fuertes a medida que ella también se acerca. Le agarro el culo redondo, mi control se desvanece rápidamente. Su cuerpo tiembla bajo el mío.

Gira la cabeza para mirarme, con los ojos vidriosos de lujuria y eso me deshace por completo. —Córrete dentro de mí —suplica—. Córrete en mi coño.

Eso es todo lo que hace falta.

Embisto con fuerza, flexionando mi cuerpo mientras me mantengo dentro de ella. Ambos gritamos mientras nos corremos al mismo tiempo, nuestros orgasmos ya sincronizados.

Mantengo mi polla alojada en lo profundo mientras se sacude y palpita, enviando una oleada de corrida caliente a su vientre expectante. Es la sensación más intensa que he tenido. El mejor momento de mi vida.

Cuando la última gota de mi semilla sale de mí y entra en ella, estoy destrozado. Mi pecho sube y baja con cada respiración forzada que doy.

No le quito los ojos de encima mientras salgo y me derrumbo en la cama, atrayéndola a mi abrazo y sujetándola como si fuera lo más precioso del mundo. Para mí, lo es.

—Oh, Emmanuel —susurra mientras esos hermosos ojos se cierran. No puede mantenerse despierta después de su tercer orgasmo.

No me importa. Simplemente la observo con una sonrisa de satisfacción en la cara, sabiendo que esta chica despampanante es toda mía.

Sabiendo que tenemos un largo y hermoso futuro juntos.

Y sabiendo que ese futuro empieza ahora.

EPÍLOGO

Lucy

Un año después…

—¡Mira qué brazos! —dice Henry cuando llego a la mesa cargada con cuatro jarras de cerveza—. Emmanuel, ¿la has estado entrenando?

Mi chico entrecierra los ojos de forma juguetona hacia su compañero. —Deja de mirarle los brazos a mi chica.

—No me entrena lo suficiente —digo riendo mientras las dejo en la mesa; casi se me derrama una—. Por poco se me caen al pasar por el baño. Pesan un poco.

Ryland se ríe mientras estira el brazo para coger una y llenarse la jarra. —Henry se la habría bebido igual del suelo.

—No miente —dice Henry con una risita mientras se llena la jarra —. Aunque necesitaría una pajita.

Sonrío mientras miro a Emmanuel. Por supuesto, sus ojos están fijos en mí. Siempre están fijos en mí. No puede evitarlo.

Me ha dado una sorpresa hoy al venir a mi restaurante y sentarse a la mesa con todo el cuerpo de policía. Me ha alegrado mucho verlo. Solo ha pasado un año desde que empezamos a salir, pero ya siento a toda esta gente como si fuera mi familia.

Excepto a Santiago. Es callado y no consigo calarlo. Todavía no sé cuál es su rollo. Incluso ahora, sigue sin unirse a la diversión.

—Lucy, ¿puedes beber en el trabajo? —pregunta Cara, ofreciéndome una cerveza.

Busco a mi jefe, Jacob, con la mirada y, cuando no lo veo, me agacho a su lado. —No —digo, sonriendo mientras le doy un buen trago a la cerveza fría. Joder, justo lo que necesitaba.

—Ya sabes dónde estoy si necesitas otra —dice Cara con un guiño mientras me levanto, un poco achispada. Dios, el alcohol me sube enseguida.

Oh, no… Siempre que estoy achispada, no puedo controlarme con Emmanuel. Es que *tengo* que tenerlo. Es como si estuviera bajo un hechizo.

Me muerdo el labio inferior mientras miro a mi hombre sexi con su uniforme de policía. *Oh, no…* El alcohol *más* ese uniforme irresistible *y además* se acaba de cortar el pelo… No tengo nada que hacer.

Ya estoy excitadísima mientras camino por detrás de él, deslizando la mano por sus enormes y anchos hombros. Mi coño palpita de excitación.

Quieta, chica. Tendrás que esperar a que termine tu turno.

Ha pasado un año desde todo el incidente con Angelo. Nunca ha vuelto para atormentarnos. La policía estatal lo encontró y lo consideró un accidente. Creyeron que iba a toda velocidad y se salió por el acantilado. La bola de fuego fue tan intensa que quemó cualquier prueba que pudiera haber quedado. Lloré de alivio cuando leí el breve artículo en el periódico.

Tras nuestras dos primeras semanas juntos, Emmanuel se mudó conmigo. Decidimos vivir en mi casa, ya que Cutter y Rocky eran inseparables y como mi perro ya había pasado por mucho. Emmanuel ni siquiera protestó, a pesar de que su casa era más grande. Es un encanto.

Lo adoro.

La cerveza llega a mi torrente sanguíneo y empiezo a mirar a mi delicioso hombre, incapaz de contenerme. ¿Por qué tiene que venir aquí tan bueno y tentador? ¿No sabe lo que me provoca?

—Emmanuel —le susurro al oído una vez que todos están charlando con sus cervezas—. ¿Puedes venir a ayudarme con una cosa que pesa en el almacén?

Él se levanta despreocupadamente y me sigue hasta el almacén de arriba. Es el cuarto donde guardan todos los productos secos, así que no debería haber nadie aquí durante la hora punta del almuerzo.

En cuanto entramos, cierro la puerta y me abalanzo sobre él.

—Vaya —dice mientras me agarra la polla y me besa en los labios —. Esto sí que es servicio.

Sonrío, mi coño ardiendo de calor. —Solo para mi cliente favorito.

—¿No tienes mesas que atender?

—Sí —digo mientras le froto la polla, sintiendo cómo se endurece y alarga. Joder, la necesito tanto—. Por eso tenemos que ser rápidos.

No pierde el tiempo. En segundos, mis bragas están alrededor de mis tobillos y mi falda subida hasta la cintura. Me empuja contra la puerta mientras saca su polla y me la mete desde atrás.

Gritaría si su mano fuerte no me tapara la boca, conteniendo mis gemidos.

Bastaron unas pocas embestidas fuertes para que me corriera por toda la enorme y gloriosa polla de mi hombre.

Su enorme cuerpo se estremece mientras embiste con fuerza y me llena con su corrida caliente.

Lo amo. Es el puto mejor.

—Te vas a llevar una puta propina bien grande —gruñe mientras se sale de mí y se sube los pantalones.

—Ya me has dado una propina bien grande —digo, con la sangre ardiendo mientras me subo las bragas, sintiendo su corrida caliente resplandeciendo dentro de mí.

—Y cuando llegues a casa, te llevarás otra —dice, sonriendo.

Le doy un beso en la mejilla, me arreglo el pelo y salgo como si no acabara de infringir la ley con un policía sexi.

—Estoy deseando.

A lo mejor intento terminar antes…

EPÍLOGO

Emmanuel

Veinte años después…

«No me puedo creer que nos lo quedemos», dice Arthur mientras conduzco a casa con una sonrisa permanente en la cara. Es el más pequeño de cuatro. Mi chica y yo hemos estado ocupados las últimas dos décadas. Tengo una familia maravillosa con cuatro hijos, una casa preciosa en el lago que compramos hace diez años este verano y, por supuesto, sigo obsesionado con mi Lucy.

—Quiero cogerlo yo —dice Becca, discutiendo con su hermano mayor, Oliver—. Lo has tenido en brazos mucho tiempo.

—Vale —dice Oliver mientras se lo pasa—. Pero quiero volver a cogerlo.

—A mí ni siquiera me ha tocado todavía —dice Samantha.

Los niños están discutiendo, pero no van a arruinarme el humor. Hoy no.

Llevo mucho tiempo planeando esto y por fin ha llegado el día. Es el cumpleaños de Lucy y tengo la mayor sorpresa para ella: un adorable cachorro de rottweiler.

Se va a volver loca.

Todavía hablamos de Cutter todo el tiempo. Ambos adorábamos a ese perro con locura. Tuvo la mejor vida con nosotros: haciendo senderismo por las montañas, jugando en el lago, luchando con su amigo Rocky y acurrucándose con cada uno de nuestros hijos. Vivió una vida larga y tranquila y, cada vez que nos entran ganas de verlo, vamos a visitarlo a su ruta de senderismo favorita, donde lo enterramos junto a Rocky.

Ese perro no podría haber pedido una vida mejor.

Y yo tampoco. Se lo debemos todo a Lucy.

Es la chica de mis sueños, mi alma gemela, mi todo.

No me puedo creer que haya tenido tanta suerte.

Sé que le debo mucho a ese perro porque sin él, mi chica nunca habría pisado mi pueblo.

Ha pasado mucho tiempo desde que hemos tenido un amigo de cuatro patas en casa y ahora creo que todos estamos preparados.

Los niños siguen peleándose por quién coge al cachorro cuando entro en el camino de casa. Me encanta la sensación de volver a casa. Me encanta esta casa y adoro a la gente que hay dentro. No hay ningún otro lugar en el que preferiría estar.

—¿Quién se lo da a mamá? —pregunta Samantha.

—Yo —digo, quitándole el cachorro—. Ha sido idea mía, yo he hecho todo el trabajo y quiero ser quien se lo entregue.

Todos suspiran decepcionados, pero nadie me discute. Me dejan tener mi momento, deleitando a mi mujer.

Sostengo al perro en alto, sonriéndole mientras Oliver corre a casa a buscar a Lucy. Es una monada con su sedoso pelaje negro, su hocico marrón y sus pequeños puntitos marrones a modo de cejas.

Me río cuando intenta mordisquearme la muñeca.

—Le vas a encantar a mi chica —le susurro—. Probablemente me ponga un poco celoso.

Lo sostengo a mi espalda mientras Oliver sale con Lucy.

—¿Qué es? —pregunta ella, sonriendo como si supiera que pasa algo.

Después de todos estos años, todavía me deja sin aliento. Ella es mi hogar. Esa sonrisa preciosa, ese pelo rubio y salvaje, esas curvas

tentadoras… Sigue siendo la única que quiero. La única que he querido jamás.

Siempre adoraré a mi Lucy.

—¿Es *otro* regalo de cumpleaños? —pregunta, ladeando la cabeza con una sonrisa cuando ve que tengo la mano en la espalda —. ¡Ya me has regalado un montón de cosas!

—Uno más —digo con el corazón desbocado. Ni siquiera dormí anoche, de lo emocionado que estaba por este momento—. Cierra los ojos.

Ella sonríe mientras los cierra.

Los niños ríen con emoción mientras cojo a su nuevo cachorro y lo sostengo frente a su cara.

—Vale —digo con el pulso acelerado—. Ábrelos.

Abre los ojos, respira hondo y chilla de alegría mientras coge al cachorro y lo abraza como si no fuera a soltarlo nunca.

Ya son los mejores amigos y, sí, estoy un poco celoso.

Pero de la mejor manera posible.

El fin.

¡Más de esta serie disponible pronto!

Descubre los libros de Olivia T. Turner
https://www.oliviatturner.com/espanol.html

***

Ve directamente a Amazon.es.
https://www.amazon.es/stores/Olivia-T.-Turner/author/B06XYXNTHJ



Perdido en las montañas
Los Chicos de la Montaña Greene
Libro 1
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

Tomé un giro equivocado en estas locas carreteras de montaña en medio de una intensa tormenta y ahora estoy atascada.
La carretera es puro barro. O incluso podría ser arenas movedizas por la forma en que está tragándose mis neumáticos.
No voy a ninguna parte.
Lo cual es un fastidio porque tengo un lugar importante al que ir.
Soy la dama de honor en la boda de montaña de mi mejor amiga y la cena de ensayo es mañana.

¿Cómo demonios voy a llegar a tiempo?
No hay nadie alrededor para ayudar y si me alejo, probablemente termine siendo la cena de un oso grizzly.
Necesito un hombre.
Un hombre de montaña grande y musculoso para sacar mi coche del barro.
Y justo cuando estoy en mi momento más desesperado, uno aparece.
Tyler Becker.
Grandes músculos, tatuajes atractivos y una barba que podría hacer que una monja reconsidere sus decisiones de vida.
Sale de la camioneta como un sueño hecho realidad.
Y aquí estoy yo, pareciendo una pesadilla.
Mojada, malhumorada y cubierta de barro.
Pero por alguna razón loca, este guapo hombre de montaña está bastante prendado de mí.
Parece un poco obsesionado.
Para alguien que estaba irremediablemente perdida hace un minuto,
De repente me siento encontrada...

Carrie puede estar perdida, pero está exactamente donde necesita estar: en los grandes brazos tatuados de un ardiente hombre de montaña posesivo. ¡Este alfa obsesivo sabe cómo tratar bien a una chica de ciudad!

Amor instantáneo con diferencia de edad en su máxima expresión en una lectura sin infidelidades y con un final feliz súper dulce garantizado. ¡Disfrútalo!

Obtén el libro aquí

¡Muchos más libros por descubrir en esta serie!



Killian
Heartlands MC
Libro 1
Olivia T. Turner

Obtén el libro aquí

No hay nadie más prohibido para mí y para la banda de Heartlands que la hija del Sheriff.
Pero una vez que la veo, sé que no hay nada que no haría para hacerla mía.
Y sé que no hay nada que el Sheriff no haría para detenerme.
Todo el mundo siempre me ha visto como un forajido.
Un criminal. Un ladrón.
Pero ella no.

Ella ve el gran corazón bajo mi duro exterior.
Ella ve al hombre que podría ser.
Quiero ser ese hombre para ella, pero es difícil cuando las bestias de mi pasado vienen a llamar.
Cuando hay deudas de sangre que pagar.
Y cuando su padre quiere mi cabeza en una pica por tocar a su princesa.
Con suerte, el amor es más fuerte que las balas...
Porque voy a tener muchas dirigidas hacia mí.

Los machos alfa del Club de Moteros Heartlands son los hombres más posesivos, devotos y territoriales del país cuando se trata de aquellos a quienes aman.

Heartlands es una nueva serie áspera y robusta de historias independientes. Cada libro hará rugir tus motores y acelerar tu corazón. Garantizado.

Obtén el libro aquí
